



JEAN  
COCTEAU  
EL LIBRO  
BLANCO

Lectulandia

*El libro blanco* es el retrato psicológico de un hombre atormentado a quien cada una de sus aventuras sentimentales abre una dolorosa herida en su alma, pues su drama procede no sólo de su extremada sensibilidad, sino también, y debido a ello, del no poder satisfacer su deseo sin que se vea afectado también el corazón. Como añade en su prólogo, «El corazón es una cosa. El sexo es otra diferente. Ciertos objetos turban al primero, otros despiertan al segundo, sin la intervención del intelecto».

En definitiva, «Un vicio de la sociedad convierte en vicio mi rectitud», así resume el protagonista la narración desde su infancia hasta su madurez en un mundo de convenciones e injusticias sociales que lo llevan a cuestionarse su identidad por medio de un conflicto entre moral y sentidos, razón y sexualidad.

**Lectulandia**

Jean Cocteau

# **El libro blanco**

**ePub r1.1**

**triángulín 03.07.14**

Título original: *Le Livre blanc*

Jean Cocteau, 1928

Traducción: Arturo Vázquez Barrón

Editor digital: triangulín

Primer editor: Polifemo7

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*La traducción de la presente obra fue posible gracias a una beca otorgada por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.*

*Este libro se publica con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Apoyo a Proyectos y Coinversiones Culturales.*

*Agradecemos el interés de la Oficina del Libro de la Embajada de Francia para la publicación de esta obra.*

## Prólogo

*Tout chef-d'oeuvre est fait d'aveux cachés [...]*

Jean Cocteau, *Le Mystère Laïc...*

La vocación de Jean Cocteau por las creaciones que surgen de la imitación es muy conocida: «Soy una mentira que siempre dice la verdad», nos dice al final de uno de sus poemas<sup>[1]</sup>. Tal vez debido a este reconocimiento explícito de su gusto por seguir los pasos creativos de sus amigos, la historia literaria a veces ha sido injusta con él, al insistir en que sus imitaciones fueron prueba de una profunda limitación para crear por cuenta propia, sobre todo porque su obra empezó a despuntar en una época en que el artista no debía tener padres espirituales. Al respecto, es posible que el origen de esta tendencia imitativa fuese el rico entorno creativo en el que se desarrolló Cocteau desde muy joven: ya para 1908 lo rodeaban artistas y sensibilidades de los que se nutría en forma natural. No obstante, la fuerza creativa de Cocteau no parece merecer ninguna duda. El forjó un mundo narrativo que, si bien estaba en deuda con otras escrituras —¿qué autor ha podido no estarlo?—, no estaba exento de originalidad. Sus pastiches sucesivos de Edmond Rostand, Anna de Noailles y André Gide, entre otros, son la mejor evidencia de que la copia sumisa y la imitación creativa e inteligente no son en modo alguno lo mismo. Con la madurez, el poeta llegó a conformar una de las obras más personales y sólidas de la cultura francesa de la primera mitad de este siglo, siguiendo la batuta inspiradora de otros imitadores de diferentes disciplinas y que a su vez fueron geniales, como Picasso y Stravinski. Así, su legado, en el que pueden incluirse prácticamente todos los campos de la expresión artística contemporánea, es absoluto y universal. El hecho de que su punto de partida haya sido en gran medida la imitación, no le resta mérito alguno, como veremos más adelante.

Jean Cocteau se dividía siempre entre dos grandes espacios, que nutrían y determinaban el desarrollo de sus escritos: en invierno vivía el intenso ajeteo urbano y creativo de París; en verano se consagraba a escribir cerca del mar. La ciudad le permitía acumular los elementos necesarios para poder construir, la playa y su tranquilidad le daban el entorno ideal para hacerlo. Y el adjetivo no tiene aquí valor de hipérbole: al regresar de Pramouquier a París el 9 de noviembre de 1922, después de trabajar tres meses en compañía de Raymond Radiguet, Cocteau trae en su equipaje la mayoría de los *Dcssins* del álbum que publicará Stock dos años después, una adaptación de la *Antígona* de Sófocles y otra de la obra anamita *L'Epouse injustement soupçonnée*, los dos largos poemas *La Rose de François* y *Plain-Chant*, y también, no faltaba más, sus dos primeras novelas: *Le Grand Ecart* y *Thomas*

*l'imposteur* [Thomas el impostor]. Tal despliegue de intensidad creadora no deja de resultar admirable, y uno se pregunta cuál fue el carburante que hizo posibles tantas obras en tan poco tiempo.

Antes de 1922, Cocteau no se había interesado en la novela. Como autor, su interés giraba en torno a la poesía, los argumentos para el ballet (que escribió para sus amigos Diaghilev y Léonide Massine), el ensayo, la crítica y el dibujo. Ahora bien, el verano de 1922 es significativo porque marca con toda claridad el surgimiento del novelista. En mayo, acompañado de Raymond Radiguet, su «maestro adolescente<sup>[2]</sup>», Cocteau se instala en el Grand Hotel de la playa de Lavandou, en el Mediterráneo, y después, a principios de agosto ambos se dirigen a la villa Croix Fleurie, en Pramouquier, en busca de mayor tranquilidad para escribir. Es durante estas «vacaciones» cuando surgen *Le Grand Ecart* y *Thomas l'imposteur*.

Este súbito interés del poeta por las formas de la novela puede explicarse por una irrefrenable motivación creativa: en esos momentos Radiguet —con quien Cocteau ya se siente absolutamente involucrado— está volviendo a escribir la parte final de *Le Diable au corps* [El diablo en el cuerpo, llamada primero *Coeur vert*] y está iniciando *Le Bal du comte d'Orgel* [El baile del conde de Orgel], y Cocteau, que ve en Radiguet una de sus fuentes de inspiración, no puede dejar pasar la oportunidad de imitar a su maestro y de medirse con él en un terreno que le resultaba nuevo. La tentación, para alguien tan inquieto como Cocteau, era mucha.

Raymond Radiguet había optado, para conseguir una buena técnica narrativa, por la lectura de una enorme cantidad de novelas, tanto buenas como malas. Sus preferencias, sin embargo, eran marcadamente clásicas, y esto terminó por influir en las lecturas de Cocteau. De hecho, fue Radiguet quien lo hizo volver a leer —y en muchos casos leer por primera vez— las obras maestras de la novela francesa de análisis. El verano de 1922 estuvo marcado por un regreso del poeta a las formas más estrictas del clasicismo, consideradas de «derecha», regreso que se oponía a ciertos intentos anteriores de búsqueda de nuevas propuestas narrativas, de «izquierda». Este regreso a una expresividad regida sobre todo por el antivanguardismo de Radiguet se manifiesta en un pastiche titulado *La Rose de François*, inspirado en los poetas de la Pléiade y dedicado al editor François Bernouard (con quien Cocteau dirigió la revista Schéhérazade). El estilo depurado y riguroso de *La Rose de François*, en el que el hipérbaton y las palabras poéticas se repiten sin cesar, va a determinar muy claramente el de *Plain-Chant*, sometido por entero al metro clásico y a la rima.

Así, imbuidas también de este ímpetu clasicista, surgen aquel verano dos pares de novelas «gemelas»: *Le Diable au corps* y *Le Bal du comte d'Orgel*, de Radiguet, y *Le Grand Ecart* y *Thomas l'imposteur*, de Cocteau, que fueron resultado directo de sus dos modelos. Existe entre ellas un muy impresionante juego de simetrías: *Le Diable au corps* es el relato de una importante relación heterosexual que marcó a Radiguet.

Por su parte, Cocteau buscó y encontró en sus propias experiencias una relación que pudiera proporcionarle los elementos para *Le Grand Ecart*, mismos que encontró en una relación que tuvo con una actriz durante su adolescencia<sup>[3]</sup>. Todos estos antecedentes vienen a ser de enorme importancia para comprender *El libro blanco*, pues Cocteau, ya dueño de la práctica de la novela como medio de expresión, echó mano del mismo proceso imitativo para escribirlo.

Después de la muerte de Radiguet —el 12 de diciembre de 1923—, tan violentamente dolorosa como prematura (Cocteau estaba convencido de que debido a su juventud y a su inexplicable destreza creativa y literaria, Radiguet sólo estaba «prestado» en esta vida), el poeta siente que no puede seguir creando. El vacío que se produce en su vida es tal que durante un año entero no encuentra la manera de recuperarse y, agotado al límite, se procura los remedios a su alcance: viajes a la playa, teatro, opio, y hasta cierto estilo de vida religiosa, que tomó prestada de su amigo Jacques Maritain. Sin embargo, cuando en 1925 encuentra al «sustituto», al joven escritor Jean Desbordes —quien para el artista no es sino la reaparición de Radiguet con otro cuerpo pero con la misma alma—, Cocteau vuelve a iniciar una novela, motivado por esta nueva presencia «angélica» y por un proceso creativo ajeno. En efecto, en un escenario similar al del verano de 1922, Jean Desbordes escribe *J'adore*, un volumen de confidencias sensuales muy marcadas por la religiosidad, en el que el amor supera a la ley, y Cocteau se da a la tarea de buscar, en su propio pasado, los recuerdos que habrán de conformar su *Libro blanco*. El resultado es un relato erótico de tono confesional, intimista, que toma de la vida real del escritor muchos elementos comprobables, aunque no pueda llegar a considerarse cabalmente autobiográfico. Con el tiempo, y después de navegar sin el apoyo de su autor, con la única fuerza de su calidad —Cocteau no reconoció su autoría sino muchos años y algunas ediciones después—, *El libro blanco* nos permite conocer aspectos de la vida del poeta que no mencionó después en ninguna parte. En este sentido es un libro indispensable, que nos abre el acceso a los orígenes mismos de Jean Cocteau, como hombre y como artista. Aunque su importancia literaria pueda considerarse menor, su relevancia biográfica salta a la vista: la mención, por ejemplo, de que su padre posiblemente fue homosexual y que su suicidio pudo deberse en gran medida a la imposibilidad de aceptar su condición, nos permite comprender mejor que, para Cocteau, el suicidio no fue nunca una salida de juventud a su propia homosexualidad, aunque en algunos pasajes finales del *Libro blanco* deja vislumbrar que tal posibilidad llegó a pasarle por la mente.

Al parecer, Cocteau no tuvo con Desbordes la misma fortuna que con Radiguet, en lo que se refiere a sus respectivas cualidades y destrezas literarias. De hecho, la historia otorga dimensiones de genialidad a Radiguet, en tanto que a Desbordes se lo reconoce como un personaje importante pero menor: para muchos, *J'adore* no está a

la altura de *Le Diable au corps*. Esta consideración podría sin duda resultar incierta —sobre todo porque la posteridad suele cambiar de parecer—, pero hay otro aspecto que es por lo menos significativo. Desde el punto de vista estructural, la obra que Cocteau le debe a Desbordes no está al mismo nivel que las inspiradas por Radiguet. De los tres libros que nos ocupan —*Le Grand Ecart*, *Thomas l'imposteur* y *El libro blanco*— sólo el último da la impresión de haberse concebido con excesiva rapidez, como si no hubiera tenido la maduración necesaria para lograr una mayor sutileza en el análisis del conjunto. Esto sin duda es una desventaja, pues los tres se escribieron en lapsos igualmente breves. *El libro blanco* parece por momentos demasiado esquemático, sin transiciones ni desvanecidos, lo que lo hace resultar en cierto modo excesivamente convencional y, con su secuencia de muertes súbitas, harto melodramático. Sin embargo, es probable que ésa precisamente haya sido la intención de Cocteau. No debe, pasarse por alto que *El libro blanco* difiere de sus dos antecesores en un detalle capital: Cocteau no asumió su autoría sino mucho tiempo después, debido tal vez al escándalo que un relato de temática homosexual podía suscitar en 1928. La publicación anónima fue una de las puertas de salida al previsible rechazo, y la otra, el tono solemne, casi de arrepentimiento cristiano, que le otorga al relato la disculpa anticipada del público, al establecer entre la homosexualidad del narrador y su aceptación explícita y gozosa el beneficio de la duda.

*El libro blanco* presenta, pues, características literarias peculiares. Sin desear repetir lo ya mencionado, es menester insistir en que este pequeño libro confesional nos da muchas luces sobre la niñez y la adolescencia del poeta que, cosa extraña, no habían sido encendidas por casi ninguno de sus exégetas. En él se mezclan y articulan por primera vez aspectos fundadores de su obra, como semillas temáticas que habrían de florecer posteriormente. Ahí están, entre otros, el hombre-caballo, como recuerdo fulgurante con su enorme carga de homosexualización del niño-espectador; los gitanos robachicos que asombraron a Cocteau con sus cuerpos bronceados y desnudos en los árboles; por primera vez surge Dargelos, el compañero del liceo Condorcet, con su incómoda y fascinante apariencia<sup>[4]</sup>; el marinero Mala Suerte, tan determinante en la vida del protagonista y que en la vida real de Cocteau fue un encuentro mucho más tardío de lo que se menciona en el libro.

Así pues, la presente traducción surge como proyecto debido al interés biográfico que presenta el libro dentro de la obra general de Jean Cocteau. Era un acto de justicia restituir al libro, traduciéndolo, el lugar que durante tanto tiempo se le ha negado. En general, la extensa obra de Cocteau es en México tan célebre como desconocida. Imaginemos cuánto no lo será este pequeño relato anónimo. Así que la intención primera fue dar a conocer aquí un libro prácticamente ignorado por los seguidores del poeta. Y en cuanto a los aspectos propiamente técnicos de la

traducción, hay algunas consideraciones que resulta importante mencionar.

Las más de las veces, el lector de una traducción se encuentra inerme ante el texto, pues por lo general, desconoce el original o está impedido para tener acceso a él. Así que explicaré brevemente el relato traducido que está a punto de leer. Salvo algunas adaptaciones mínimas, que fueron imposiciones técnicas debidas al distanciamiento lingüístico-cultural entre Francia y México, fue posible que el texto conservara en español el mismo tono dieciochesco, las mismas peculiaridades arcaizantes del original que, por ser parte fundamental de este texto moderno, se presentan como su voluntad estilística primordial. La traducción contemporánea, no está de más decirlo, ya ha dejado atrás la idea de que los traductores están irremediabilmente condenados a la infidelidad. Cocteau mismo se preguntó alguna vez, en un ensayo no muy conocido sobre la traducción<sup>[5]</sup>, a qué se debían los honores que el público extranjero otorga a los escritores si por lo general no queda nada de ellos después de tanta traición. Pero el marco conceptual en el que se apoya ahora el acto de traducir reposa en procedimientos más complejos, que han dejado atrás, esperemos que para siempre, a las Bellas Infieles de los siglos que precedieron al nuestro. El ideal moderno de traducción busca que la misma voluntad de estilo que se encuentra en el original —sea ésta cual fuere—, se manifieste de la mejor manera y hasta donde sea posible en la traducción. De ahí que las traducciones literales, tanto como las libres —responsables éstas de aquellas Bellas Infieles, que incluso solían considerarse «mejores» que el original—, estén acabadas como procedimiento. La tradición moderna exige, tanto en el caso de Cocteau y su *Libro blanco* como en todos los demás, generar con las herramientas del español la misma «voluntad de estilo» que creó el autor con las del francés. El objeto es otorgar a los lectores de la traducción las mismas posibilidades de disfrute literario que tuvieron los lectores del original. Esto, que podrá parecer una vanidad excesiva a los ojos de muchos, para el traductor no es otra cosa que su obligación más humilde y ética.

Arturo Vázquez Barrón  
Agosto de 1995

## Introducción

Un libro blanco, nos dice el diccionario, es una «recopilación de documentos sobre un problema determinado». En este caso, ¿de qué problema se trata? De la vida sexual y sentimental del narrador. Una vida homosexual en su mayor parte. Entonces, *El libro blanco* es, en términos generales, un expediente sobre la homosexualidad de su narrador. Pero esto no es todo. El adjetivo «blanco» evoca también la página en blanco, la ausencia de firma del autor, de quien nadie dudó jamás, sin embargo, que se tratara de Jean Cocteau. «La recibimos [esta obra] sin nombre y sin dirección», hace decir el autor al editor en el prólogo.

Este breve relato fue escrito hacia finales de 1927, en Chablis, en la región de Yonne, en el Hotel de la Estrella, de nombre predestinado para un poeta que siempre señaló su firma con la estrella del destino. Jean Cocteau fue a descansar a Chablis durante las fiestas navideñas, acompañado del joven escritor Jean Desbordes. En esa época, Jean Cocteau cree estar volviendo a vivir con Jean Desbordes lo que vivió con Raymond Radiguet unos años antes (Radiguet murió en 1923): «Se ha producido un milagro del cielo», escribe a Bernard Fay, «Raymond ha vuelto con otra apariencia y a menudo se delata». Así, en 1927 Jean Cocteau volverá a vivir, con otro intérprete en el mismo papel, el mismo guión que en 1921-1922. Así como Radiguet escribía *Le Diable au corps*, y luego *Le Bal du comte d'Orgel*, Desbordes escribe *J'adore*; así como Cocteau escribía *Le Grand Ecart*, y luego *Thomas l'imposteur*, escribe *El libro blanco*. Radiguet escribía una novela, *Le Diable au corps*, basada en una relación heterosexual autobiográfica; casi de inmediato, Cocteau hurgó en su propia memoria, de donde exhumó lo que más podía acercarse al recuerdo de Radiguet y que originó *Le Diable au corps*: el recuerdo de su propia relación heterosexual con la actriz y semimundana Madeleine Carlier, y a partir del cual escribió una novela, *Le Grand Ecart* Radiguet había «copiado». La Princesse de Cleves, lo que había producido *Le Bal du comte d'Orgel* de inmediato, Cocteau «copió» *La Chartreuse de Parme*, lo que produjo *Thomas l'imposteur*. Desbordes compone un volumen de confidencias sensuales, impregnadas de religiosidad. *J'adore* Cocteau redacta una especie de autobiografía erótica, entremezclada de arrepentimientos cristianos: *El libro blanco*.

En una carta inédita a su madre, del 4 de enero de 1928, desde Chablis, el poeta escribe: «Estoy relejendo *Les Confessions* y puedo ponerle un nombre moderno a cada persona». Es probable que Jean Cocteau haya tomado, además de los textos de Jean Desbordes, *Les Confessions* de Rousseau como modelo de *El libro blanco*, y que ello explique el tono curiosamente dieciochesco de esta narración moderna.

Un recuerdo más de Chablis. En otra carta inédita a su madre —Chablis, 2 de enero de 1928— el poeta escribe: «Pasé todo el primero del año contigo —encerrado en mi cuarto después de estar en una iglesia fría y vacía. Me encontraba solo en los

asientos y pensaba: estamos hechos a la imagen y semejanza de Dios —su falta de éxito es la de todo lo que es bello y puro. Lo cual no le impide ser ilustre y ser temido». Reflexión que se vuelve, en *El libro blanco*: «La iglesia estaba desierta (...). Admiraba la falta de éxito de Dios; es la falta de éxito de las obras maestras. Lo cual no impide que sean ilustres y que se les tema».

En las cartas que de Chablis le escribe Cocteau a su madre, si bien habla de sus trabajos en curso —*Le Mystère laïc*, estudio sobre el pintor italiano Giorgio de Chirico, la pieza *La Voix humain*, etcétera—, nada menciona del escandaloso *Libro blanco*. Es por un juego de pruebas de este último, que llevan la anotación *Chablis, diciembre de 1927*, suprimida en la impresión, como se conocen la fecha y el lugar de composición de la obra.

*El libro blanco* se presenta como la narración cronológica, hecha por un narrador anónimo, de su vida en función de su homosexualidad.

La obra arranca con dos recuerdos de infancia que tuvieron una considerable importancia en la obra posterior del poeta: ambos recuerdos son el origen de un tema que aparecerá y volverá a aparecer en la obra, con diversos aspectos, durante casi toda la vida creativa de Cocteau.

Este es el primero de dichos recuerdos: el narrador niño sorprende a un joven granjero que, completamente desnudo, monta a caballo; el impacto homosexual sobre el niño es tan violento que lo hace desmayarse. El joven centauro, alegoría misma de la homosexualidad (la bien conocida historia del caso del pequeño Hans, en Freud, nos mostró que el caballo simbolizaba la masculinidad paterna), es lo que origina, en la obra de Cocteau, un tema de gran importancia y que sufrirá curiosos avatares: el tema del caballo o del hombre-caballo, cuyo desarrollo convendría estudiar con detenimiento. (Para un examen más profundo de esta cuestión, entre algunas otras, me permito remitir al lector a mi estudio intitulado «Le Livre blanc», document secret et chiffré; en el *Cahier Jean Cocteau*, número 8, Gallimard, 1979).

El segundo recuerdo de infancia relatado en las primeras páginas de *El libro blanco*, según se nos dice, sucedió el año siguiente, en el mismo lugar que el primero. El narrador-niño se pasea con su sirvienta (probablemente la «alemana» del pequeño Jean, Fraülein Joséphine Ebel). De pronto, la sirvienta pega un grito y se lleva al niño, ordenándole que no mire hacia atrás. El niño desobedece y ve a dos jóvenes gitanos desnudos que se trepan a los árboles, a una gitana meciendo a un recién nacido, un carromato, «una hoguera que humea, un caballo blanco que está comiendo hierba». Como el primer recuerdo, y de manera todavía más evidente, éste dará nacimiento, en la vida y la obra de Cocteau, a toda una corriente temática a la que podría darse el título de uno de los poemas de la recopilación *Opera* de nuestro poeta: *Los ladrones de niños*.

Después de haber evocado estos determinantes recuerdos de infancia, el narrador

de *El libro blanco* nos expone su situación familiar. Aquí, tal vez para enredar las pistas por deferencia a su madre (los biógrafos Kihm, Sprigge y Béhar nos revelan que si Cocteau publica sin el nombre del autor *El libro blanco* es, según dice, para «evitarle sufrimientos a su madre<sup>[6]</sup>»). El poeta invierte por completo sus verdaderos datos biográficos: es su madre quien muere en lugar de su padre, y con quien vive es con su padre en vez de con su madre.

El retrato que hace el narrador de *El libro blanco* de su padre toma prestados algunos rasgos del verdadero padre de Jean: el padre de *El libro blanco* es «triste», y el de Jean acabará suicidándose. Pero lo misterioso es que el narrador de *El libro blanco* ve en una inconsciente homosexualidad la causa de la tristeza paterna. Por la parte de Jean Cocteau, ¿no se trata más que de algo imaginario o se trata de un dato biográfico real, de un secreto de familia o por lo menos de un rumor que atribuye a un caso de faltas a la moral el enigmático suicidio de Georges Cocteau? Otro biógrafo del poeta, Francis Stegmuller, evoca en efecto «el rumor según el cual [Georges Cocteau] era en secreto homosexual<sup>[7]</sup>». Y el narrador de *El libro blanco* escribe de su padre: «En su época la gente se mataba por menos» (que por el hecho de ser homosexual). El enigma subsiste.

Después de este retrato paterno, *El libro blanco* pasa a los recuerdos del liceo Condorcet, cuyo nombre no se modifica. (Es en este liceo en donde Jean hizo una gran parte de sus estudios). Así, *El libro blanco*, «recopilación de documentos» sobre la homosexualidad de su narrador, es lo que hará aflorar por primera vez en la obra (si se exceptúan algunos apuntes iniciales, que permanecieron inéditos, del *Potomak*) uno de sus temas más conocidos: el del liceo Condorcet, que gravita alrededor de un personaje que se volvió mítico a partir de una base real, Dargelos, tema que encontrará su explotación más célebre, un año después de *El libro blanco*, en *Les Enfants terribles*.

El narrador de *El libro blanco* ve que sus compañeros pasan «normalmente» a la heterosexualidad, mientras que él mismo, en el fondo, sigue siendo homosexual. Obliga a su naturaleza a imitarlos. En efecto, la imitación de sus compañeros conduce a Jean, en aquella época, a algunas relaciones con mujeres, de las que se han conservado algunos rastros en su biografía. La más importante, con Madeleine Carlier, proporcionará el tema de su novela *Le Grand Ecart* (1923). Resulta conveniente comparar esta última novela con las páginas de *El libro blanco* que tratan sobre los amores del narrador con Jeanne (Germaine en *Le Grand Ecart*, Madeleine en la vida real). Más tarde, la pieza *Les Enfants terribles* (1938), en lo que respecta a la relación del joven Michel y de Madeleine, así como a la desaprobación familiar respecto de dicha relación, tomará prestada una vez más para la aventura a Madeleine Carlier (y hasta su verdadero nombre).

En cuanto a los amores del narrador de *El libro blanco* con la prostituta Rose, y

luego con su padrote Alfred o Alfredo, parece que fueron, también, autobiográficos: en un texto de unas cuantas páginas, intitulado *Trottoir* —publicado en 1927, el año mismo en que se escribirá *El libro blanco*, en un volumen colectivo de las ediciones Émile-Paul, *Tableaux de París*—, Jean Cocteau, hablando esta vez en su propio nombre, nos cuenta su relación, en 1912-1913, con una «putita», encontrada en «plena calle entre la Madeleine y la Ópera»; numerosos detalles nos permiten reconocer a la Rose de *El libro blanco*, su «hotel M.» de la plaza Pigalle (cuyo nombre completo de «Marquise's Hotel» se nos revela aquí), y a su «mayate».

Después de estas inútiles tentativas de normalización, el narrador de *El libro blanco* pasa definitivamente a la homosexualidad. Primero, el teatro de estos amores homosexuales es Toulon, en donde, en un «lugar de mala muerte», el joven encuentra a un marinero apodado Mala Suerte. Ahora bien, este marinero constituye, en la biografía real del poeta, un encuentro mucho más tardío (verano de 1927, por lo tanto muy reciente en la época en que Jean Cocteau escribía *El libro blanco*). Mala Suerte, cuyo verdadero nombre era Marcel Servais, va a inspirar en parte el personaje de Máxime, el gemelo delincuente de la pieza *La Machine à écrire* (1939-1941), y el guión de una película que no se rodó, cuyo título es precisamente Mala Suerte. Mala Suerte es un absoluto del marinero como Dargelos era un absoluto del compañero de clase. A partir de 1922 y hasta el año anterior a su muerte, es decir durante cuarenta años, el poeta debía permanecer a menudo en la costa mediterránea, particularmente en Villefranche y Toulon, en donde, gracias a las armadas de guerra francesa y norteamericana, el tema del marinero iba a encontrar con qué enriquecerse.

En otro «lugar de mala muerte», el narrador de *El libro blanco* asiste, escondido tras el espejo sin azogue de unos baños, a las duchas eróticas de «la juventud obrera», lo que da lugar a una breve y extraordinaria escena, la mejor del libro, sobre las relaciones del narcisismo y la homosexualidad —escena que enriquece además, de manera inesperada y llena de consideraciones interesantes, el tema de los espejos habitados, «practicables» como se dice en teatro, tema que, de la pieza *Orphée* a la película *Orphée*, recorre la obra de Cocteau.

A las tentaciones homosexuales viene a oponerse la tentación religiosa. Aquí, volvemos a encontrar la etapa de la vida de Cocteau, reciente también en la época de *El libro blanco*, que en términos generales va de la muerte de Raymond Radiguet (1923) al encuentro con Jean Desbordes (1925). ¡Oh sorpresa, oh mezcla de géneros! *El libro blanco* debe entonces unirse con la *Lettre à Jacques Maritain* para informarnos sobre la «conversión» del poeta, y sobre su relativo fracaso.

Después de esta tentativa religiosa, el narrador de *El libro blanco* conoce a un muchacho, H., quien será el más grande amor de su vida. El personaje de H. combina rasgos de Raymond Radiguet con rasgos de Jean Desbordes (ya hemos visto que Jean Cocteau los asimilaba). H. es escritor como Desbordes y Radiguet. Posee, del Jean

Desbordes de *J'adore* (su primer libro, que aparecerá en 1928), la fe muy libre que contribuye a hacer vacilar la fe tradicional del narrador-Jean Cocteau, quien puso en la boca de H. las ideas, y a veces las palabras, de *J'adore*: «A la obediencia pasiva, opongo la obediencia activa. Dios ama el amor»... Como Desbordes y Radiguet, H. tiene inclinaciones heterosexuales que provocan los celos del narrador-Jean Cocteau. Sin dejar de mezclar a Desbordes y Radiguet para armar el personaje de H., *El libro blanco* prosigue con una mención a la escapada a Córcega de Radiguet con el escultor Brancusi, aquí bautizado Marcel, en 1920, y a los celos que el hecho le provocó a Béatrice Hastings, amante de Radiguet, aquí llamada Miss R. Finalmente, la muerte de H. en la «casa de salud de la calle B.» está inspirada en la muerte de Radiguet en la clínica de la calle Piccini.

Después del deceso de H., el narrador de *El libro blanco* considera el matrimonio. Pero así como en un episodio anterior había pasado de la prostituta Rose a su pretendido hermano —el padrote Alfred o Alfredo—, igual pasa de su novia al hermano de ésta. Este paso «anormal» del sexo opuesto hacia el mismo sexo es simétrico al que, en *Les Enfants terribles*, «normalmente» hará dirigirse a Paul de Dargelos hacia Agathe, y a Gérard de Paul hacia su hermana Elisabeth, igual que los compañeros del liceo Condorcet habían pasado de los amores colegiales al amor de las mujeres. Por lo demás, las claves de los personajes de Mademoiselle de S. y de su terrible hermano, en *El libro blanco*, bien podrían ser, con mucho, Jeanne y Jean Bourgoint, los futuros modelos de Elisabeth y Paul.

Expulsado una vez más de la «normalidad», el narrador de *El libro blanco* piensa en ordenarse, más que en poner su vida en orden. Pero en el monasterio mismo vuelve a encontrar, en la persona de un joven monje, la tentación homosexual. Aquí, son las conversiones fracasadas de Maurice Sachs y de Jean Bourgoint, posteriores y como ejemplo de la de su amigo Jean Cocteau, las que inspiran el episodio.

Después de este último fracaso, el narrador de *El libro blanco* abandona Francia románticamente, y ahí termina en forma repentina el relato de sus aventuras.

Este breve recorrido por *El libro blanco* nos mostró que son muchos los hilos que unen este trabajo secreto a la biografía y a la obra de su autor anónimo, que en gran medida se aclaran mutuamente. En este sentido el libro es valiosísimo: resulta una pieza indispensable del rompecabezas, una piedra angular del edificio.

En el trayecto, también pudimos comprobar un fenómeno de primera importancia para la comprensión de la obra de Cocteau: *El libro blanco*, esta «recopilación de documentos» sobre la sexualidad de su autor, representa un verdadero semillero de temas literarios y artísticos, que Jean Cocteau explota y desarrolla en otras partes — los temas del hombre-caballo, de los gitanos, de Dargelos, del *Grand Ecart*, del marino, del espejo, de la religión, de los *Enfants terribles*, etcétera—, lo que prueba

de manera contundente hasta qué punto la sexualidad, considerada en su sentido amplio, constituye uno de los principales móviles de la obra del poeta, incluso si en la anécdota de este libro la sexualidad no se presenta mucho como tal en un primer acercamiento. Esto no lo ignoraba Cocteau, quien me declaraba, en una carta del 7 de octubre de 1958: «La sexualidad hace la fuerza de mi obra».

Me atreveré a decir que es esta sexualidad profunda, oculta —sexualidad que es una homosexualidad— lo que valió a la obra de Cocteau los sentimientos extraordinarios de amor, de odio o de incompreensión que ha suscitado y suscita todavía, en función del tipo de sexualidad subyacente de aquel o aquella que entra en contacto con la misma, y sin que el lector o espectador siempre tengan plena conciencia de ello. Ejemplos: el éxito de la obra entre ciertas mujeres, por identificación; en el lado opuesto, la execración de los surrealistas. Tendría que hacerse un estudio interesante sobre los mecanismos profundos de las diversas reacciones posibles del público frente a una obra que la sexualidad recorre, transmutada, irreconocible aunque singularmente eficaz, como la invisible energía de un cable de alta tensión —«la fuerza que erige el portaplumas», decía también Cocteau.

«Tal vez publique mi próximo libro sin nombre de autor, sin nombre de editor, en unos cuantos ejemplares, para ver si, enterrada viva, una obra tiene la fuerza de salir sola de la tumba...». Esto es lo que puede leerse en *Une entrevue sur la critique avec Maurice Rouzaud*, extensa entrevista de Cocteau que no se publicará sino hasta 1929, pero que por el contexto parece datar del año anterior. Así, el poeta no puede dejar de anunciar la aparición de su *Libro blanco*.

En efecto, *El libro blanco* se publica por primera vez el 25 de julio de 1928, «sin nombre de autor, sin nombre de editor, en unos cuantos ejemplares». (El editor es en realidad Les Quatre Chemins, que acaban de publicar *Le Mystère laïc*, de Jean Cocteau, el 30 de mayo del mismo año). La cubierta y la portada llevan un monograma, dibujado por Cocteau y formado con las letras que componen un nombre: *Maurice Sachs*, quien trabaja entonces en Les Quatre Chemins (véase Maurice Sachs, *Le Sabbat*, éditions Correa, 1950, página 292). En la página legal se lee: «Copyright by Maurice Sachs et Jacques Bonjean, Paris». Una nota escrita a máquina recomienda repartir entre los tipógrafos las sumas que una obra semejante sea capaz de proporcionarle a su autor. La edición no es más que de treinta y un ejemplares.

En su *Journal* de fecha 11 de octubre de 1929, André Gide anota: «Leí *El libro blanco* de Cocteau que me prestó Roland Saucier [librero], en espera del ejemplar prometido por Cocteau». Se ve que desde entonces Gide no respeta el anonimato del autor. En medio de las pullas que por costumbre le tiene reservadas a Cocteau, Gide

condesciende a reconocer: «Hay encanto en la forma en que están narradas ciertas obscenidades».

El diez de mayo de 1930, reedición de *El libro blanco* con un frontispicio, una página manuscrita y diecisiete dibujos en color de Jean Cocteau (dibujos por completo coloreados a mano por M. B. Armingion, artista-pintor) en París, en las Editions du Signe. Esta vez, el tiro es de 450 ejemplares. Dibujos de tipo surrealista, oníricos, que de hecho, más que ilustrarlo, establecen un contrapunto con el texto.

En 1949, muy probablemente, reedición sin nombre de autor, ni fecha. La cubierta tiene el dibujo de un rostro visto de frente realizado por Cocteau; la portada, el monograma (también dibujado por el poeta) y el nombre de Paul Morihien, el joven editor de Cocteau en esa época. El texto está ilustrado con cuatro dibujos grabados en madera e impresos en tinta azul, del poeta también, pero sin que su firma, con la que era pródigo, apareciese por ninguna parte. Edición «limitada a 500 ejemplares numerados», y «estrictamente reservada a los suscriptores». En julio de 1957, traducción inglesa, con el título *A White Paper* (en la cubierta) y *The White Paper* (en la portada), en París, editada por The Olympia Press. «Prefacio e ilustraciones de Jean Cocteau, de la Academia Francesa». En el prefacio, el recién admitido en la Academia (su ingreso fue en 1955) hace la pregunta de saber si el autor de *El libro blanco* es él o no, pero deja en suspenso la respuesta. De los nueve dibujos, reproducidos en tinta gris, seis de ellos (páginas 17, 47, 59, 69, 77 y 85) son reelaboraciones un tanto edulcoradas —debido a la censura— de las ilustraciones libres hechas para la novela *Querelle de Brest*, de Jean Genet, publicada diez años antes en las ediciones Paul Morihien.

Así estaba la bibliografía de *El libro blanco* cuando murió su autor, en 1963. Desde entonces, en 1970, el editor Bernard Laville reprodujo, en versión de bolsillo, la edición Morihien mencionada anteriormente, a la que añadió la página manuscrita de las Editions du Signe, además de gran cantidad de erratas.

Desde 1928, *El libro blanco* hizo pues una carrera semiclandestina. Cocteau lo dedicó a menudo: «Un saludo amistoso de mi juventud lejana», confiesa en el ejemplar de Roger Peyrefitte. Y no protestó cuando incluyeron el libro en su bibliografía.

Así, hasta estos últimos años liberadores, muchas generaciones se pasaron *El libro blanco* por debajo de la mesa: generaciones de homosexuales, de fervientes admiradores del autor de *Les Enfants terribles* y de amantes de la literatura, sin que estas tres categorías sean incompatibles. Uno de los grandes atractivos del presente volumen es que se reproducen de manera íntegra la serie de ilustraciones de Jean Cocteau para la edición de 1930 de *El libro blanco*, en las Editions du Signe. Esta significativa serie de dibujos, que nos dicen mucho sobre las fantasías eróticas del poeta, desde entonces nunca había sido publicada *in extenso*; los únicos que habían

podido disfrutarlos eran algunos bibliófilos y ratones de biblioteca. Nos dimos cuenta de que en las Editions du Signe, el coloreado de los dibujos no pertenecía a su autor; por eso el presente volumen se limita a reproducirlos en blanco y negro, lo que restituye en cierta medida la versión inicial, debida tan sólo a nuestro poeta-dibujante.

*Milorad*  
*Marzo de 1981*

*Publicamos esta obra porque en ella el talento supera con creces a la indecencia y porque de ella se desprende una especie de moraleja que impide a un hombre de principios ubicarla entre los libros libertinos. La recibimos sin nombre y sin dirección.*

Hasta donde llegan mis recuerdos e incluso a la edad en que la mente todavía no tiene influencia sobre los sentidos, encuentro huellas de mi amor por los muchachos.

Siempre me gustó el sexo fuerte, que me parece legítimo llamar el sexo bello. Mis desdichas se han debido a una sociedad que condena lo raro como un crimen y nos obliga a reformar nuestras inclinaciones.

Tres circunstancias decisivas me vuelven a la memoria. Mi padre vivía en un pequeño castillo cerca de S. El castillo tenía un parque. Al fondo del parque había una granja y un abrevadero que no pertenecían al castillo. Mi padre los toleraba sin cercas, a cambio de los lácteos y los huevos que el granjero traía a diario.

Una mañana de agosto, andaba yo merodeando por el parque con una carabina cargada con fulminantes y, jugando al cazador, oculto tras un seto, acechaba el paso de algún animal, cuando vi desde mi escondite que un joven granjero llevaba a bañar a un caballo de labranza. Para poder entrar al agua y sabiendo que al final del parque nunca se aventuraba nadie, cabalgaba completamente desnudo y hacía resoplar al caballo a unos metros de mí. Lo atezado de su rostro, de su cuello, de sus brazos, de sus pies, al contrastar con la piel blanca, me recordaba las castañas de Indias cuando salen de sus vainas, pero aquellas manchas oscuras no eran las únicas. Había otra que atraía mis miradas, en medio de la cual un enigma se perfilaba hasta en sus mínimos detalles.

Me zumbaron los oídos. Se me congestionó el rostro. Mis piernas se quedaron sin fuerza. El corazón me latía como un corazón de asesino. Sin darme cuenta, se me nubló la vista y no me encontraron sino luego de cuatro horas de búsqueda. Una vez en pie, me cuidé en forma instintiva de revelar el motivo de mi debilidad y conté, a riesgo de quedar en ridículo, que una liebre me había espantado al salir desde los macizos.



La segunda vez sucedió al año siguiente. Mi padre había autorizado a unos gitanos a que acamparan en aquel mismo pedazo de parque en donde había perdido el conocimiento. Yo me paseaba con mi sirvienta. De pronto, lanzando gritos, me llevó de regreso, prohibiéndome que mirara hacia atrás. El calor era resplandeciente. Dos jóvenes gitanos se habían desvestido y trepaban a los árboles. Espectáculo que espantó a mi sirvienta y que la desobediencia enmarcó de manera inolvidable. Así viva cien años, gracias a aquellos gritos y a la carrera que dimos, siempre volveré a ver a una mujer que mece a un recién nacido, un carromato, un fuego que humea, un caballo blanco que come hierba, y trepando a los árboles, dos cuerpos de bronce tres veces manchados de negro.

La última vez, si no me equivoco, se trataba de un joven sirviente llamado Gustave. A la mesa, casi no podía contener la risa. Aquella risa me encantaba. A fuerza de dar vueltas y más vueltas en mi cabeza al recuerdo del joven granjero y de los gitanos, llegué a desear con todas mis fuerzas que mi mano tocara lo que habían visto mis ojos.

Mi proyecto era de lo más ingenuo. Dibujaría una mujer, le llevaría la hoja a Gustave, lo haría reír, le daría valor y le pediría que me dejase tocar el misterio que, cuando servía la mesa, imaginaba yo bajo una significativa protuberancia del pantalón. Porque mujeres en paños menores a la única que había visto era a mi sirvienta y creía que los artistas les inventaban senos duros a las mujeres mientras que en realidad todas ellas los tenían aguados. Mi dibujo era realista. Gustave estalló en carcajadas, me preguntó quién era mi modelo y como con una audacia inconcebible fui directo al grano, aprovechando que se meneaba todo, me rechazó, muy rojo, me jaló una oreja, con el pretexto de que le hacía cosquillas y, muerto de miedo de perder su puesto, me condujo hasta la puerta.

Algunos días después robó vino. Mi padre lo corrió. Intercedí, lloré; todo resultó inútil. Acompañé a Gustave hasta la estación. Llevaba un juego de pim pam pum que le había yo regalado para su hijo, cuya fotografía me mostraba a menudo.

Mi madre había muerto al traerme al mundo y siempre había vivido frente a frente con mi padre, hombre triste y encantador. Su tristeza era anterior a la pérdida de su mujer. Incluso en la felicidad se había sentido triste y ésa es la razón por la que a su tristeza le buscaba yo raíces más profundas que su duelo.

El pederasta reconoce al pederasta como el judío al judío. Lo adivina bajo la máscara, y yo me encargo de descubrirlo entre las líneas de los libros más inocentes. Esta pasión es menos sencilla de lo que suponen los moralistas. Porque, así como existen mujeres pederastas, mujeres con aspecto de lesbianas, pero que buscan a los hombres de la especial manera en que los hombres las buscan a ellas, también existen pederastas que se ignoran a sí mismos y viven hasta el fin en un malestar que le

achacan a una salud débil o a un carácter sombrío.

Siempre pensé que mi padre se me parecía demasiado como para diferir en este punto capital. Es probable que ignorase sus inclinaciones y en lugar de ir cuesta abajo, iba penosamente cuesta arriba sin saber lo que le hacía la vida tan pesada. De haber descubierto los gustos que nunca encontró la ocasión de hacer florecer y que se me revelaban por frases, por su forma de caminar, por mil detalles de su persona, se habría ido de espaldas. En su época la gente se mataba por menos. Pero no; él vivía en la ignorancia de sí mismo y aceptaba su fardo.

Es posible que yo deba mi presencia en este mundo a semejante ceguera. Lo deploro, pues a cada quien le habría ido mejor si mi padre hubiese conocido las alegrías que me hubiesen evitado algunas desdichas.

Entré al liceo Condorcet en tercero de secundaria. Ahí, los sentidos se despertaban sin control y crecían como mala hierba. No había otra cosa que bolsillos agujereados y pañuelos sucios. Lo que más envalentonaba a los alumnos era la clase de dibujo, ocultos por las murallas de cartón. A veces, en la clase general, algún profesor irónico interrogaba de pronto a un alumno al borde del espasmo. El alumno se levantaba, con las mejillas encendidas, y, farfullando cualquier cosa, trataba de transformar un diccionario en hoja de parra. Nuestras risas aumentaban su perturbación.

La clase olía a gas, a gis, a esperma. Esa mezcla me daba asco. Debo decir que lo que era un vicio a los ojos de todos los alumnos, y que al no serlo para mí o, para ser más exacto, al parodiar sin gusto una forma de amor que mi instinto respetaba, yo era el único que parecía reprobar aquellas cosas. El resultado de esto eran eternos sarcasmos y atentados en contra de lo que mis compañeros tomaban por pudor.

Pero Condorcet era un liceo de externos. Estas prácticas no llegaban a ser amoríos; no iban mucho más allá de los límites de un juego clandestino.

Uno de los alumnos, llamado Dargelos, gozaba de gran prestigio debido a una virilidad muy por encima de su edad. Se exhibía con cinismo y comerciaba con un espectáculo que daba incluso a los alumnos de otras clases a cambio de estampillas raras o tabaco. Los lugares que rodeaban su pupitre eran lugares privilegiados. Vuelvo a ver su piel morena. Por sus pantalones muy cortos y por sus calcetines que caían hasta los tobillos, se adivinaba el orgullo que sentía por sus piernas. Todos llevábamos pantalones cortos, pero a causa de sus piernas de hombre, Dargelos era el único que tenía las piernas *desnudas*. Su camisa abierta liberaba un cuello ancho. Un poderoso rizo se le torcía en la frente. Su cara de labios un poco gruesos, de ojos un poco rasgados, de nariz un poco chata, presentaba las menores características del tipo que debía llegar a serme nefasto. Astucia de la fatalidad que se disfrazaba, que nos produce la ilusión de ser libres y que, al fin de cuentas, siempre nos hace caer en la misma trampa.



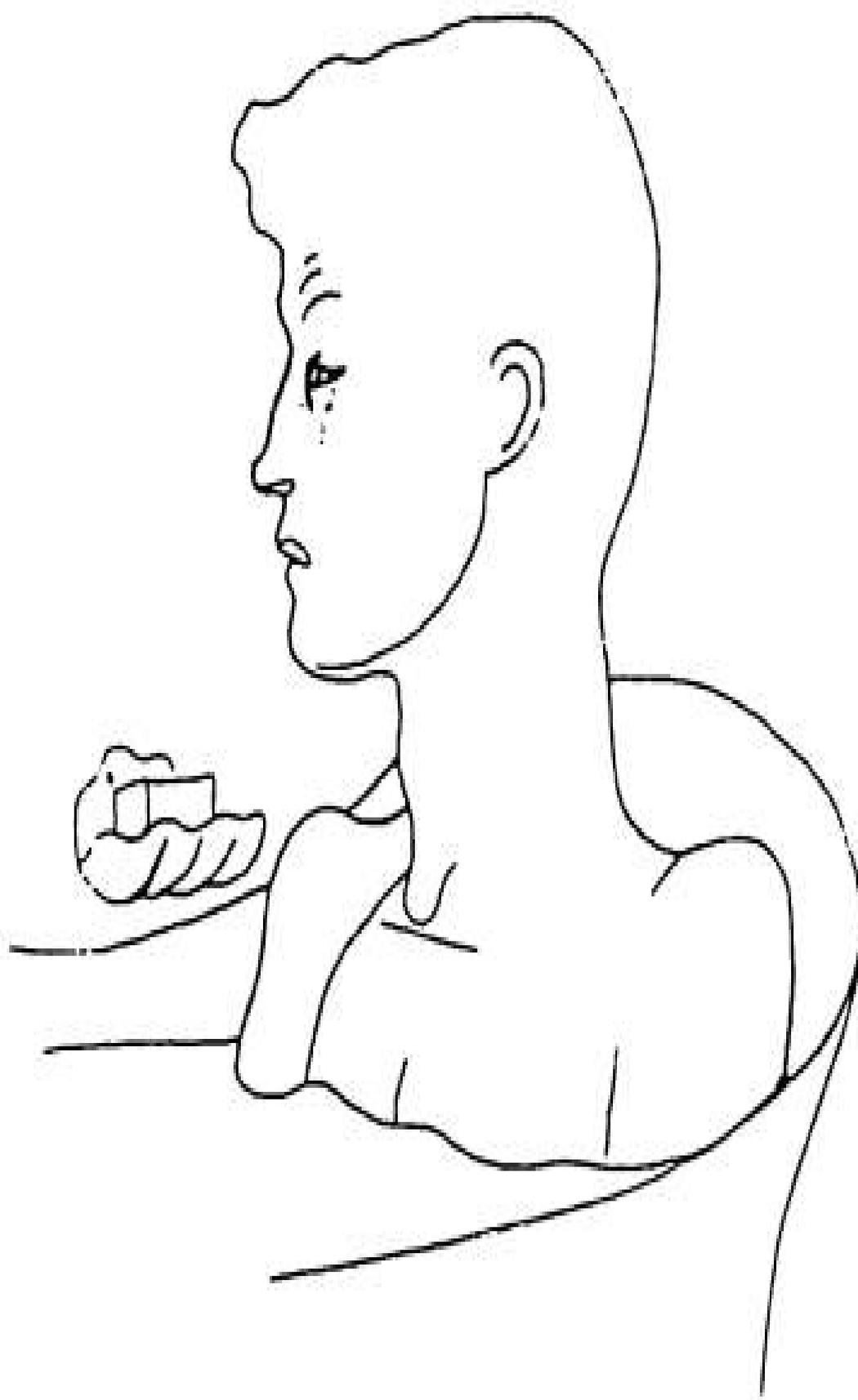
La presencia de Dargelos me ponía enfermo. Lo rehuía. Lo espiaba. Soñaba con un milagro que lo hiciera fijarse en mí, lo despojara de su altivez, le revelara el sentido de mi actitud, que él debía de tomar por una gazmoñería ridícula y que no era sino un deseo loco de agradarle.

Mi sentimiento era vago. No lograba precisarlo. Sólo sentía incomodidad o delicia. De lo único que estaba seguro era de que no se parecía en forma alguna al de mis compañeros.

Un día, sin poder soportar más, me abrí con un alumno cuya familia conocía a mi padre y al que yo frecuentaba fuera del liceo. «Cómo eres tonto —me dijo— es muy fácil. Invita un domingo a Dargelos, llévalo atrás de los macizos y asunto arreglado». ¿Qué asunto? No había ningún asunto. Farfullé que no se trataba de un placer fácil de tomar en clases y traté inútilmente de usar palabras para darle forma a mi sueño. Mi compañero se encogió de hombros. «¿Para qué —dijo— le buscas tres pies al gato? Dargelos es más fuerte que nosotros (eran otros sus términos). En cuanto lo halagas, dice que sí. Si te gusta, no tienes más que echártelo».

La crudeza de este apostrofe me trastornó. Me di cuenta de que era imposible hacerme entender. Admitiendo, pensaba, que Dargelos aceptase una cita conmigo, ¿qué le diría, qué haría? Mi gusto *NO* sería divertirme cinco minutos, sino vivir siempre con él. En pocas palabras, lo adoraba, y me resigné a sufrir en silencio, pues, sin darle a mi mal el nombre de amor, sentía yo muy bien que era lo contrario de los ejercicios en clase y que no encontraría respuesta alguna.

Esta aventura, que no había tenido un inicio, tuvo un final.



Alentado por el alumno con el que me había abierto, le pedí a Dargelos una cita en un salón vacío después de la sesión de estudio de las cinco. Llegó. Había contado con que un prodigio me dictase cómo debía comportarme. En su presencia perdí la cabeza. Ya no veía más que sus piernas robustas y sus rodillas heridas, blasonadas de costras y de tinta.

—¿Qué quieres? —me preguntó, con una sonrisa cruel.

Adiviné lo que estaba suponiendo y que mi petición no tenía ningún otro significado a sus ojos. Inventé cualquier cosa.

—Quería decirte —farfullé— que el prefecto te está vigilando.

Era una mentira absurda, pues el encanto de Dargelos había embrujado a nuestros maestros.

Son inmensos los privilegios de la belleza. Actúa incluso sobre aquellos a los que parece no importarles nada.

Dargelos ladeó la cabeza con una mueca:

—¿El prefecto?

—Sí —proseguí, sacando fuerzas del terror—, el prefecto. Oí que le decía al director: «Tengo vigilado a Dargelos. Está exagerando. ¡No le quito los ojos de encima!».

—¡Ah!, conque estoy exagerando —dijo—, pues bien, amigo, se la voy a enseñar, al prefecto. Se la voy a enseñar en la sala de armas; y en cuanto a ti, si me molestas sólo para contarme semejantes pendejadas, te advierto que a la primera que lo vuelvas a hacer te voy a patear las nalgas.

Desapareció.

Durante una semana pretexté que tenía calambres para no ir a clases y no encontrar la mirada de Dargelos. A mi regreso me enteré de que estaba enfermo y guardaba cama. No me atrevía a pedir noticias suyas. Había rumores. El era *boy scout*. Se decía que imprudentemente se había bañado en el Sena helado, que tenía angina de pecho. Una tarde, en clase de geografía, nos enteramos de su muerte. Las lágrimas me obligaron a salir del salón. La juventud no es tierna. Para muchos alumnos, aquella noticia, que el director nos dio de pie, no fue sino la autorización tácita de no hacer nada. Y al día siguiente, las costumbres se sobrepusieron al duelo.

A pesar de todo, el erotismo acababa de recibir el tiro de gracia. Muchísimos pequeños placeres se perturbaron por el fantasma del hermoso animal ante cuyas delicias la muerte misma no había permanecido insensible.

En primero de preparatoria, después de las vacaciones, un cambio radical se había producido en mis compañeros.

Les cambiaba la voz; fumaban. Se rasuraban una sombra de barba, efectuaban salidas con la cabeza descubierta, llevaban pantalones ingleses o pantalones largos. El

onanismo cedía su lugar a la fanfarronería. Circulaban tarjetas postales. Toda aquella juventud se volvía hacia la mujer como las plantas hacia el sol. Fue entonces cuando, para seguir a los demás, comencé a falsear mi naturaleza.

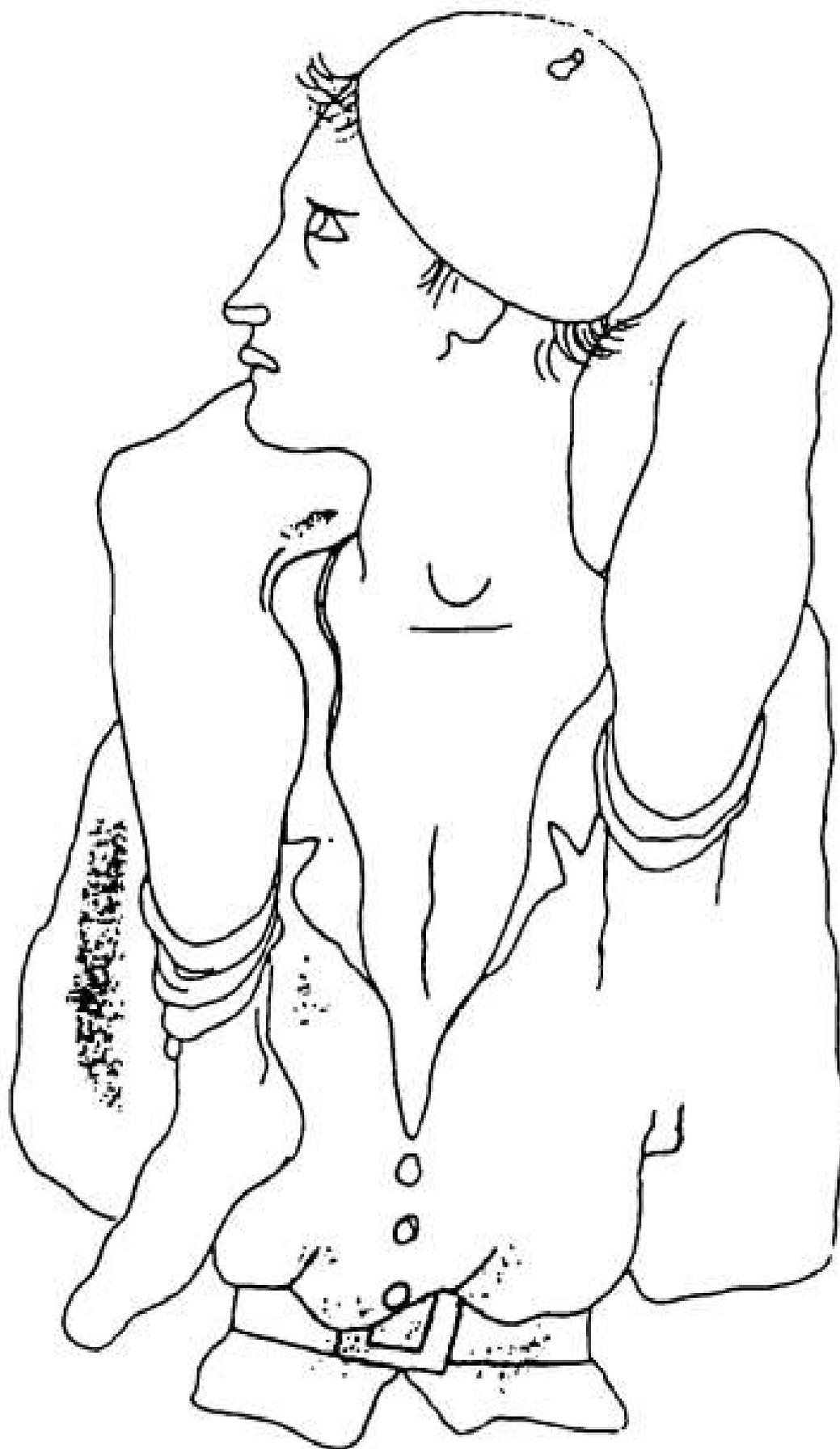
Al precipitarse hacia su verdad, me arrastraban hacia la mentira. Mi repulsión se la achacaba a mi ignorancia. Admiraba yo su desenvoltura. Me esforzaba en seguir su ejemplo y en compartir sus entusiasmos. Continuamente tenía que vencer mis vergüenzas. Esa disciplina terminó por hacerme bastante fácil el trabajo. Cuando mucho, me repetía que el desentreno no era divertido para nadie, pero que la buena voluntad de los demás era mayor que la mía.

El domingo, si hacía buen tiempo, nos íbamos en grupo con todo y raquetas, con el pretexto de rugar al tenis en Autcuil. Dejábamos las raquetas en el camino, en casa del portero de un condiscípulo cuya familia vivía en Marsella, y nos apresurábamos hacia las casas de citas de la calle de Provence. Frente a la puerta de cuero, la timidez de nuestra edad recuperaba sus derechos. Íbamos y veníamos, dudando ante aquella puerta como bañistas ante el agua fría. Echábamos un volado para ver quién entraría primero. Yo me moría de miedo de que la suerte me designara a mí. Finalmente la víctima caminaba a lo largo de los muros, se hundía en ellos y nos arrastraba tras de sí.

Nada intimida más que los niños y las muchachas. Demasiadas cosas nos separan de ellos y de ellas. No se sabe cómo romper el silencio y ponerse a su altura. En la calle de Provence, el único terreno de entendimiento eran la cama, en donde yo me tendía cercano a la muchacha, y el acto que ambos realizábamos sin que de él obtuviésemos el menor placer.

Envalentonados por aquellas visitas, empezamos a abordar a las mujeres de la farándula, y así llegamos a conocer a una personita que se hacía llamar Alice de Pibrac. Vivía en la calle La Bruyère, en un modesto departamento que olía a café. Si mal no recuerdo, Alice de Pibrac nos recibía, pero sólo nos permitía admirarla en su sórdida bata y con sus pobres cabellos sobre la espalda. Semejante régimen exasperaba a mis compañeros y a mí me gustaba mucho. A la larga, se cansaron de esperar y siguieron una nueva pista. Se trataba de reunir el dinero que llevábamos, de alquilar un palco en El Dorado durante la matinée de los domingos, de arrojar ramos de violetas a las cantantes y de ir a esperarlas a la puerta trasera, en medio de un frío mortal.

Si cuento estas aventuras insignificantes, es para mostrar la fatiga y el vacío que nos dejaba nuestra salida de los domingos, y la sorpresa de oír a mis compañeros machacar los detalles toda la semana.



Uno de ellos conocía a la actriz Berthe, quien me presentó a Jeanne. Se dedicaban al teatro. Jeanne me gustaba; le encargué a Berthe que le preguntase si consentiría en volverse mi amante. Berthe me trajo una negativa y me intimó a engañar a mi compañero con ella. Poco después, al saber por él que Jeanne se dolía de mi silencio, fui a verla. Descubrimos que mi encargo nunca se había cumplido y decidimos vengarnos reservándole a Berthe la sorpresa de nuestra felicidad.

Esta aventura marcó mis dieciséis, diecisiete y dieciocho años con tanta fuerza que todavía hoy me resulta imposible ver el nombre de Jeanne en algún diario o su retrato en algún muro, sin que me sienta impresionado. Y sin embargo es posible no contar nada de este amor banal que transcurría en esperas con las modistas y en desempeñar un papel bastante ingrato, pues el armenio que mantenía a Jeanne me tenía en gran estima y hacía de mí su confidente.

El segundo año, las escenas comenzaron. Después de la más encendida, que tuvo lugar a las cinco en la Plaza de la Concordia, dejé a Jeanne en una isleta y corrí a mi casa. A mitad de la cena ya estaba proyectando un telefonazo cuando vinieron a anunciarme que una dama me esperaba en un coche. Era Jeanne. «No sufro —me dijo— porque me hayas dejado plantada ahí, en la Plaza de la Concordia, pero eres demasiado débil como para llevar hasta el final un acto semejante. Todavía hace dos meses hubieras regresado a la isleta después de haber atravesado la plaza. No presumas de haber dado muestra de carácter, lo único que probaste fue una disminución de tu amor». Aquel peligroso análisis me aclaró las cosas y me mostró que la esclavitud había llegado a su término.

Para reavivar mi amor, tuve que darme cuenta de que Jeanne me engañaba. Me engañaba con Berthe. Esta circunstancia me revela ahora las bases de mi amor. Jeanne era un muchacho; le gustaban las mujeres, y yo la quería con lo que mi naturaleza tenía de femenino. Las descubrí acostadas, enredadas como un pulpo. Había que golpear, y supliqué. Se burlaron, me consolaron, y aquello fue el fin lamentable de una aventura que moría por sí sola y que no obstante me causó los estragos suficientes como para inquietar a mi padre y obligarlo a salir de la reserva en la que siempre se mantenía con respecto a mí.



Una noche, cuando regresaba a casa de mi padre más tarde que de costumbre, en la Plaza de la Madeleine, una mujer me abordó con dulce voz. La miré, la encontré encantadora, joven, fresca. Se llamaba Rose, le gustaba conversar y caminamos de ida y vuelta hasta la hora en que los verduleros, dormidos sobre las legumbres, dejan que sus caballos atraviesen París desierto.

Salía yo al día siguiente para Suiza. Le di a Rose mi nombre y mi dirección. Ella me enviaba cartas en papel cuadriculado con una estampilla para la respuesta. Yo le contestaba sin problema. A mi regreso, más feliz que Thomas de Quincey, me encontré con Rose en la plaza en donde nos habíamos conocido. Me rogó que fuera a su hotel en la Plaza Pigalle.

El hotel M. era lúgubre. Las escaleras apestaban a éter. Es el consuelo de las muchachas que regresan con las manos vacías. La habitación era del tipo de habitaciones que nunca se arreglan. Rose fumaba en la cama. Le dije que se veía muy bien. «No hay que verme sin maquillar —dijo—. No tengo cejas. Parezco un conejo ruso». Me convertí en su amante. Rehusaba el menor regalo. Bueno, aceptó un vestido con el pretexto de que no servía para nada en el negocio, que era demasiado elegante y que lo guardaría en su ropero como recuerdo.

Un domingo, tocaron a la puerta. Me levanté de prisa. Rose me dijo que no me inquietara, que era su hermano y que estaría encantado de verme.

El hermano se parecía al granjero y al Gustave de mi infancia. Tenía diecinueve años y la peor de las apariencias. Se llamaba Alfred o Alfredo y hablaba un francés extraño, pero a mí no me preocupaba su nacionalidad; me parecía pertenecer al país de la prostitución, que posee su propio patriotismo y cuyo idioma bien podía ser aquél.

Si la cuesta por la que subía hacia la hermana estaba un poco inclinada, se podrá adivinar a qué grado lo estaba la que me hizo bajar hacia el hermano. Estaba, como dicen sus compatriotas, al tanto de todo, y pronto nos las ingeniamos para encontrarnos sin que Rose se diese cuenta de nada.

Para mí, el cuerpo de Alfred era más el cuerpo que habían tomado mis sueños que el joven cuerpo poderosamente armado de un adolescente cualquiera. Cuerpo perfecto, aparejado de músculos como un navío de cuerdas y cuyos miembros parecen desplegarse en estrella alrededor de un pelambre de donde se levanta, mientras que la mujer está construida para simular, la única parte que no sabe mentir en el hombre...

Comprendí que me había equivocado de ruta. Me juré que no volvería a perderme, que seguiría en lo sucesivo mi recto camino en vez de extraviarme en el de los demás y que escucharía más las órdenes de mis sentidos que los consejos de la moral.

Alfred devolvía mis caricias. Me confesó que no era el hermano de Rose. Era su

padrote.

Rose seguía desempeñando su papel y nosotros el nuestro, Alfred me cerraba un ojo, me daba un codazo y a veces estallaba en carcajadas. Rose lo miraba con sorpresa, sin sospechar que éramos cómplices y que entre nosotros existían lazos que la astucia consolidaba.

Un día el mozo del hotel entró y nos encontró echados a la derecha y a la izquierda de Rose: «Ve usted, Jules —exclamó señalándonos a ambos—, mi hermano y mi amorcito. Es todo lo que amo».

Las mentiras comenzaban a cansar al perezoso de Alfred. Me confió que no podía seguir con aquella forma de vivir, trabajar en una acera, mientras Rose trabajaba en la otra, y recorrer aquel negocio al aire libre en el que los vendedores son la mercancía. En pocas palabras, me estaba pidiendo que lo sacara de ahí.

Nada podía producirme más placer. Decidimos que yo tomarla una habitación en un hotel de Ternes, que Alfred se instalaría en ella de inmediato, que después de cenar iría a reunirme con él para pasar la noche, que ante Rose fingiría que había desaparecido y que me lanzaría en su búsqueda, lo que me haría libre y nos valdría muchos buenos momentos.

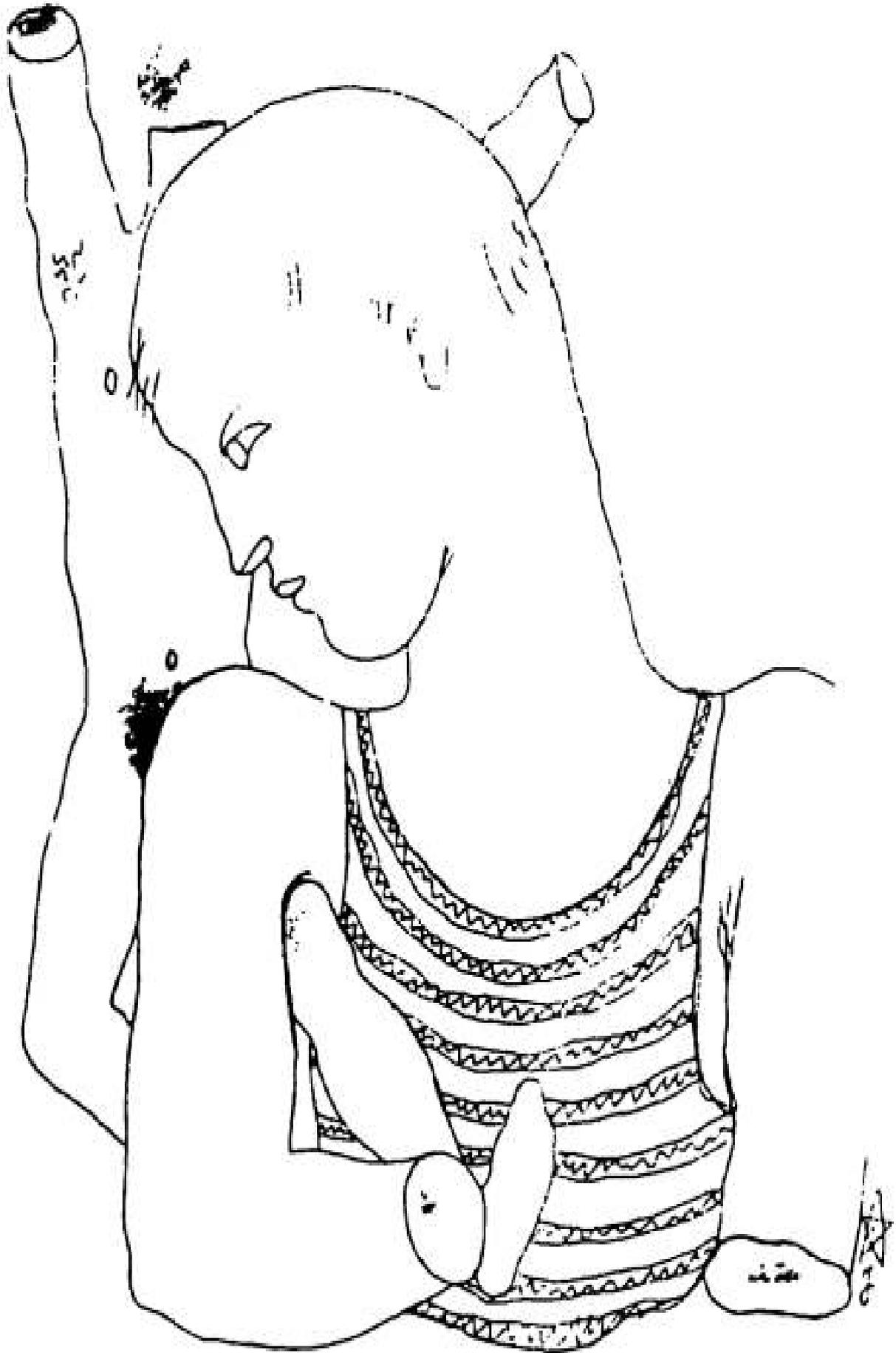
Renté la habitación, instalé a Alfred y cené en casa de mi padre. Después de la cena corrí al hotel. Alfred había emprendido el vuelo. Esperé de las nueve hasta la una de la mañana. Como Alfred no regresaba, volví a casa con el corazón echando chispas.

Al día siguiente por la mañana, como a las once, fui a ver qué pasaba; Alfred dormía en su habitación. Se despertó, lloriqueó y me dijo que no había podido evitar volver a sus costumbres, que no podría estar sin Rose y que la había buscado toda la noche, primero en su hotel, en el que ya no vivía, luego de acera en acera, en cada café de Montmartre y en los bailes de la calle de Lappe.

—Claro —le dije— Rose está loca, tiene fiebre. Está viviendo con una de sus amigas de la calle de Budapest.

Me suplicó que lo condujese allá en ese mismo instante.

La habitación de Rose en el hotel M. era un salón de fiestas comparada con la de su amiga. Nos debatimos en una espesa pasta de olores, de ropa y de sentimientos dudosos. Las mujeres estaban en camión. Alfred gemía en el suelo frente a Rose y se abrazaba a sus rodillas. Yo estaba pálido. Rose volvía hacia mi cara su rostro embadurnado de afeites y lágrimas; me tendía los brazos: «Ven —gritaba—, regresemos a la Plaza Pigalle y vivamos juntos. Estoy segura de que ésa es la idea de Alfred. ¿Verdád, Alfred?», añadió jalándole los cabellos. El guardó silencio.



Debía ir con mi padre a Toulon para la boda de mi prima, hija del vicealmirante G. F. El porvenir se me presentaba siniestro. Anuncié este viaje familiar a Rose, los deposité, a ella y a Alfred, que seguía mudo, en el hotel de la Plaza Pigalle y les prometí que los visitaría en cuanto regresase.

En Toulon, me di cuenta de que Alfred me había robado una cadenita de oro. Era mi fetiche. Yo se la había puesto en la muñeca, había olvidado tal circunstancia y él no había tenido la precaución de recordármela.

Cuando regresé, que fui al hotel y entré a la habitación, Rose se me prendió del cuello. Estaba oscuro. Al principio no reconocí a Alfred. ¿Qué tenía pues de irreconocible?

La policía estaba peinando Montmartre. Alfred y Rose temblaban debido a su nacionalidad dudosa. Se habían conseguido unos pasaportes falsos, se aprestaban a poner pies en polvorosa, y Alfred, embriagado por lo novelesco del cinematógrafo, se había hecho teñir el cabello. Bajo aquella cabellera negra su pequeña cara rubia se recortaba con precisión antropométrica. Le reclamé mi cadena. Lo negó todo. Rose lo denunció. El se debatía, maldecía, la amenazaba, me amenazaba y blandía un arma.

Me escabullí y bajé la escalera de cuatro en cuatro, con Alfred pisándome los talones.

Abajo, llamé un taxímetro. Le solté mi dirección, me subí rápido y, cuando el taxímetro arrancaba, volví la cabeza.

Alfred se mantenía inmóvil frente a la puerta del hotel. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Tendía los brazos; me llamaba. Bajo el cabello mal teñido, su palidez daba lástima.

Tuve ganas de golpear los vidrios, de decirle al chófer que parara. No era capaz de decidirme, ante aquella angustia solitaria, a regresar cobardemente a las comodidades de la familia, pero pensé en la cadena, en el arma, en los pasaportes falsos, en aquella huida en la que Rose me pediría que los siguiese. Cerré los ojos. Y todavía ahora me basta con cerrar los ojos en un taxímetro para que se forme la pequeña silueta de Alfred llorando bajo su cabellera de asesino.



Como el almirante estaba enfermo y mi prima se encontraba en viaje de bodas, tuve que regresar a Toulon. Resultaría fastidioso describir esta encantadora Sodoma, en donde el fuego del cielo cae sin golpear en forma de sol cariñoso. De noche, una indulgencia todavía más suave inunda la ciudad y, como en Nápoles, como en Venecia, una muchedumbre de fiesta popular da vueltas en las plazas adornadas con fuentes, con tiendas de oropel, con vendedores de crepas, con merolicos. De todos los rincones del mundo, los hombres subyugados por la belleza masculina vienen a admirar a los marineros que vagan solos o en grupo, responden a las miradas con una sonrisa y no rechazan nunca un ofrecimiento de amor. Una sal nocturna transforma al presidiario más brutal, al bretón más rudo, al corso más huraño en esas muchachas altas y escotadas, contoneantes, floridas, a las que les gusta el baile y conducen a su compañero, sin la menor vergüenza, a los hoteluchos del puerto.

Uno de los cafés en donde se baila es manejado por un antiguo cantante de *cajiconcert* que posee voz de mujer y que se exhibía como travestí. Ahora luce un suéter y anillos. Flanqueado por colosos de pompón rojo que lo idolatran y a los que maltrata, anota, con una enorme escritura de niño, sacando la lengua, los pedidos que su mujer anuncia con ingenua rudeza.

Una noche en que empujé la puerta de aquella sorprendente criatura, a la que su mujer y sus hombres rodean de cuidados respetuosos, me quedé clavado en mi lugar. Acababa de ver, de perfil, apoyado contra el piano mecánico, al espectro de Dargelos. Dargelos de marinero.

De Dargelos, este doble tenía sobre todo la altivez, el aspecto insolente y distraído. Se leía en letras de oro *Revoltoza* sobre su gorra echada hacia adelante hasca la ceja izquierda, una bufanda negra le ceñía el cuello y llevaba uno de aquellos pantalones acampanados que en otros tiempos permitían a los marineros abotonarlos sobre los muslos y que prohíben los actuales reglamentos con el pretexto de que son el símbolo del padrote.

En otra parte, jamás hubiese osado ponerme en el ángulo de aquella mirada altiva. Pero Toulon es Toulon; el baile evita el malestar de los preámbulos, arroja a los desconocidos unos en brazos de otros y preludia el amor.

Con una música llena de rizos y sortijas, bailamos un vals. Los cuerpos arqueados hacia atrás se funden por el sexo, los perfiles graves bajan los ojos, girando menos rápido que los pies que tejen y que a veces se plantan como cascos de caballo. Las manos libres adoptan la pose graciosa que afecta el pueblo para tomarse un vaso de vino y para mearlo. Un vértigo de primavera exalta los cuerpos. En ellos crecen ramas, se aplastan durezas, se mezclan sudores, y allá va una pareja rumbo a las habitaciones con relojes bajo capelos de cristal y con edredones.

Desprovisto de los accesorios que intimidan a un civil y del tipo que afectan los

marineros para darse valor, *Revoltosa* se volvió un animal tímido. Le habían roto la nariz en una riña con una garrafa. Una nariz recta podía hacerlo insípido. Aquella garrafa había dado el último toque a la obra maestra.

En su torso desnudo, ese muchacho, que me representaba la suerte, llevaba tatuado Mala suerte, en mayúsculas azules. Me contó su historia. Era breve. Ese tatuaje lastimoso la resumía. Acababa de salir de la prisión marítima. Después del motín del *Ernest-Renan* lo habían confundido con un colega; es por eso que tenía la cabeza rapada, lo que él deploraba y le iba de maravilla. «Tengo mala suerte — repetía meneando esa cabeza calva de busto antiguo— y esto nunca cambiará».

Le pasé por el cuello mi cadena fetiche. «No te la doy —le dije—, eso no nos protegería a ninguno de los dos, pero quédatela por esta noche». Luego, con mi estilógrafo, taché el tatuaje nefasto. Tracé abajo una estrella y un corazón. Sonreía. Comprendía, más con la piel que con lo demás, que se encontraba a salvo, que nuestro encuentro no se parecía a aquellos a los que estaba acostumbrado: encuentros rápidos en los que el egoísmo se satisface.

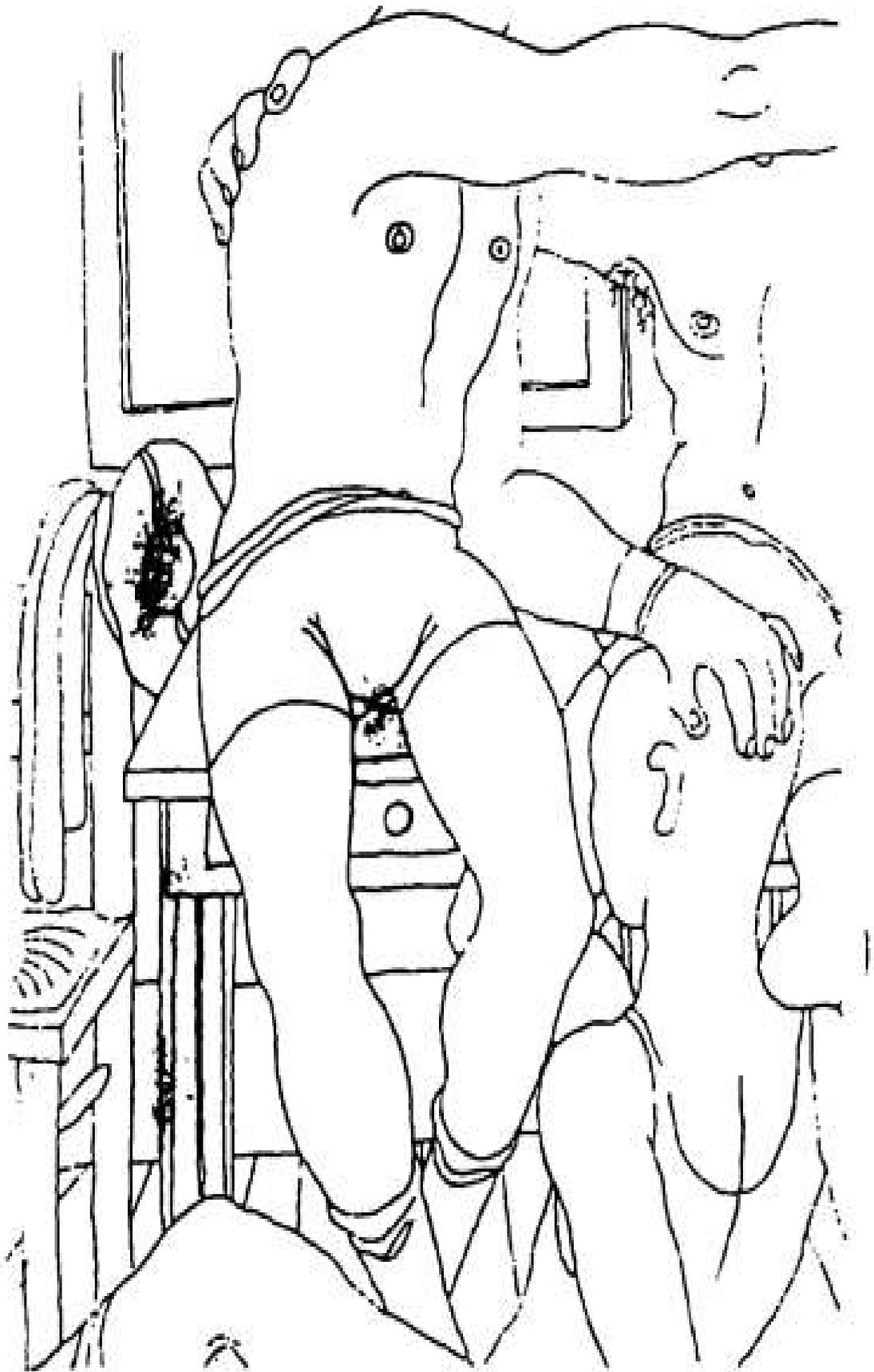
¡Mala suerte! ¿Acaso era posible? ¿Con esa boca, esos dientes, esos ojos, ese vientre, esos hombros, esos músculos de hierro, esa piernas? Mala suerte con esa fabulosa plantita marina, muerta, llena de pliegues, encallada en la espuma, que se desarruga, se desarrolla, se yergue y arroja a los lejos su savia en cuanto encuentra el elemento de amor. No podía creerlo; y para resolver el problema me dejé caer al abismo de un falso sueño.

Mala suerte permanecía inmóvil a mi lado. Poco a poco, sentí que se entregaba a una maniobra delicada con el fin de liberar su brazo, en el que se apoyaba mi codo. Ni por un instante se me ocurrió que estuviera preparando una mala jugada. Hubiese sido no conocer bien el ceremonial de la flota. «Regularidad, corrección» hacen resplandecer el vocabulario de los marineros.

Lo observaba por la rendija de mis párpados. Primero, varias veces, sopesó la cadena, la besó, la frotó contra el tatuaje. Después, con la lentitud terrible de un jugador que hace trampa, probó mi sueño, tosió, me tocó, escuchó mi respiración, acercó su cara a mi mano derecha, que estaba muy abierta cerca de la mía, y con suavidad apoyó en ella su mejilla.

Testigo indiscreto de aquella tentativa de un niño desdichado que sentía aproximarse a él una boya en pleno mar, tuve que dominarme para no perder la cabeza, fingir un brusco despertar y demoler mi vida.

Lo dejé al amanecer. Mis ojos evitaban los suyos, cargados de toda aquella esperanza que sentía y que no podía expresar. Me regresó la cadena. Lo besé, lo arrojé y apagué la lámpara.



Tenía que regresar a mi hotel y anotar, antes de salir, en una pizarra, la hora (las cinco) en que los marineros se despiertan, abajo de innumerables recomendaciones del mismo tipo. En el momento de tomar el gis, me di cuenta de que había olvidado mis guantes. Volví a subir. El montante estaba iluminado. Alguien, entonces, acababa de volver a encender la lámpara. No pude resistirme a mirar por el ojo de la cerradura. Encuadraba barrocammente una cabecita rapada.

Mala suerte, con la cara entre mis guantes, lloraba a lágrima viva.

Diez minutos dudé frente a aquella puerta. Iba a abrir, cuando la cara de Alfred se superpuso de la manera más exacta a la de Mala suerte. Bajé la escalera sin hacer el menor ruido, pedí puerta y la azoté al salir. Afuera, una fuente monologaba con gravedad en la plaza vacía. «No —pensaba—, no pertenecemos al mismo reino. Ya de por sí es hermoso conmover a una flor, a un árbol, a un animal. Vivir con ellos es imposible».

Amanecía. Unos gallos cantaban sobre el mar. Un oscuro frescor lo delataba. Un hombre salió de una calle con un fusil de caza al hombro. Regresé al hotel halando un peso enorme.

Hastiado de las aventuras sentimentales, incapaz de reaccionar, arrastraba las piernas y el alma. Buscaba el consuelo de una atmósfera clandestina. La encontré en unos baños públicos. Evocaban el Satiricón, con sus pequeñas celdas, su patio central, su sala baja adornada con divanes turcos en los que unos jóvenes jugaban a las cartas. A una señal del dueño, se levantaban y se alineaban contra la pared. El dueño les tentaba los bíceps, les palpaba los muslos, desempaquetaba sus encantos íntimos y los vendía como un comerciante su mercancía.

La clientela estaba segura de sus gustos y era discreta, rápida. Yo debía resultar un enigma para aquella juventud acostumbrada a las exigencias precisas. Me miraba sin comprender; porque yo prefiero la plática a los actos.

El corazón y los sentidos forman en mí una mezcla tal que me parece difícil comprometer a uno o a los otros sin que la otra parte se comprometa también. Es eso lo que me empuja a cruzar los límites de la amistad y me hace temer un contacto sumario en el que corro el riesgo de atrapar el mal de amor. Terminaba por envidiar a aquellos que, al no sufrir por la belleza ni vagamente, saben lo que quieren, perfeccionan un vicio, pagan y lo satisfacen.

Uno ordenaba que lo insultaran, otro que lo cargaran de cadenas, otro (un moralista) sólo obtenía placer con el espectáculo de un hércules que mataba a una rata con un alfiler calentado al rojo vivo.

¡A cuántos de esos sabios que conocen la receta exacta de su placer, y cuya existencia se ha simplificado porque se pagan en fecha y a precio fijo una honesta, una burguesa complicación, no habré visto desfilar! La mayoría eran ricos

industriales que venían del norte a liberar sus sentidos, y después regresaban a reunirse con su mujer y sus hijos.

Finalmente, espacié mis visitas. Mi presencia comenzaba a volverse sospechosa. Francia no soporta muy bien un papel que no es de una sola pieza. El avaro debe siempre ser avaro, el celoso siempre celoso. En eso estriba el éxito de Moliere. El dueño pensaba que era de la policía. Me dio a entender que se era cliente o mercancía. No se podían combinar las dos cosas.

Esta advertencia sacudió mi abulia y me obligó a romper con costumbres indignas, a las que se añadía el recuerdo de Alfred, que flotaba sobre los rostros de todos los jóvenes panaderos, carniceros, ciclistas, telegrafistas, zuavos, marineros, acróbatas y demás travestis profesionales.

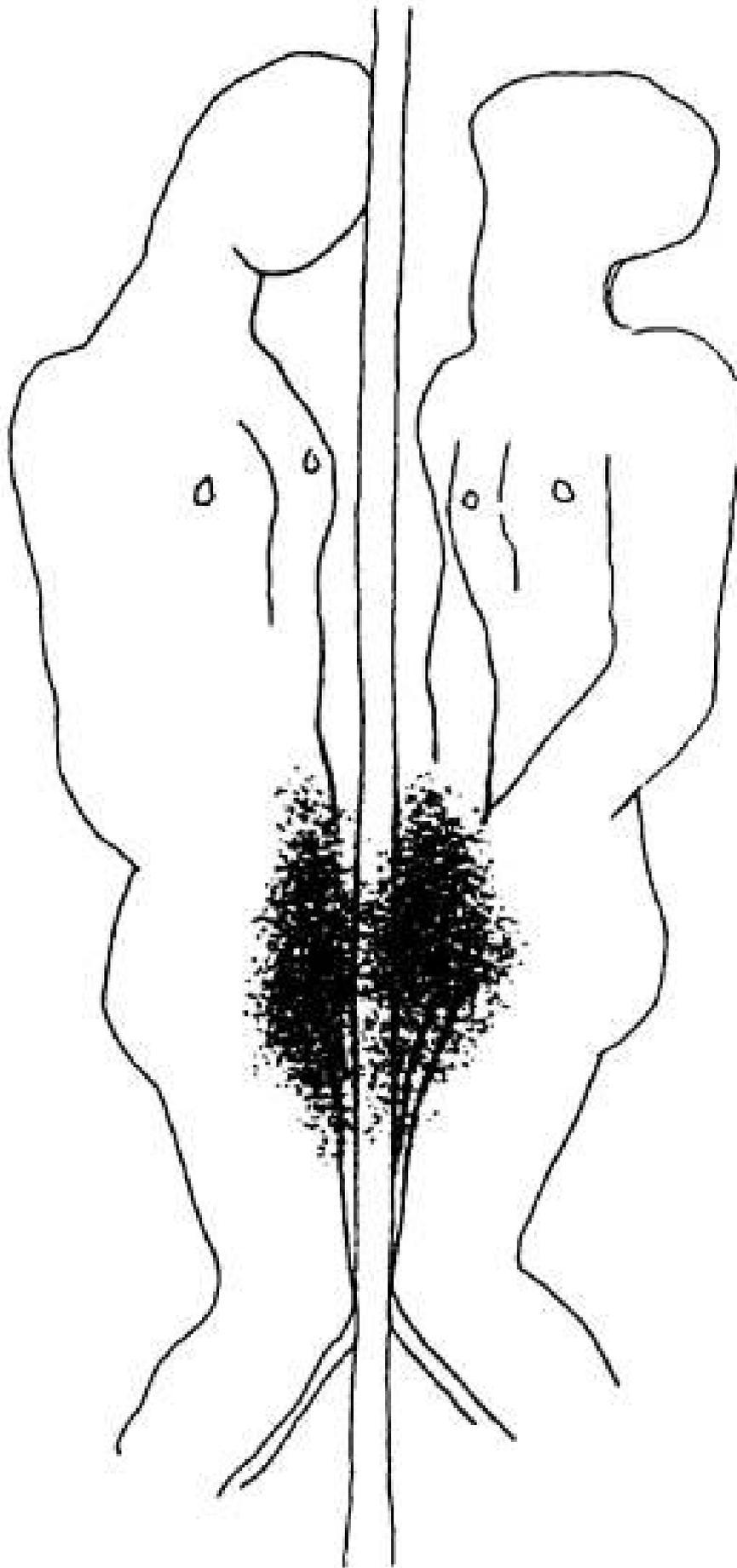
Una de las únicas cosas que eché de menos es el espejo transparente. Se instala uno en una cabina oscura y abre un postigo. Ese postigo descubre una malla metálica a través de la cual la mirada abarca una pequeña sala de baño. Del otro lado, la malla era un espejo tan reflejante y tan liso que era imposible adivinar que estaba llena de miradas.

Mediante el pago de cierta cantidad solía pasar ahí los domingos. De los doce espejos de las doce salas de baño, ése era el único de este tipo. El dueño lo había pagado muy caro y mandado traer de Alemania. Su personal desconocía el observatorio. La juventud obrera servía de espectáculo.

Seguían todos el mismo programa. Se desvestían y colgaban con cuidado los trajes nuevos. Desendomingados, se podía adivinar su empleo por las encantadoras deformaciones profesionales. De pie en la bañera, se miraban (me miraban) y empezaban con una mueca parisina que deja al descubierto las encías. Después se frotaban un hombro, tomaban el jabón y le sacaban espuma. El enjabonado se transformaba en caricia. De pronto sus ojos se iban del mundo, su cabeza se echaba hacia atrás y su cuerpo escupía como un animal furioso.

Unos, extenuados, se dejaban fundir en el agua humeante, otros volvían a empezar la maniobra; se podía reconocer a los más jóvenes en que saltaban de la bañera y, lejos, iban a limpiar del mosaico la savia que su tallo ciego había lanzado alocadamente hacia el amor.

Una vez, un Narciso que se gustaba acercó la boca al espejo, la pegó en él y llevó hasta el final la aventura consigo mismo. Invisible como los dioses griegos, apoyé mis labios contra los suyos e imité sus ademanes. Nunca supo que en vez de reflejar, el espejo actuaba, que estaba vivo y que lo había amado.



La suerte me orientó hacia una nueva vida. Estaba saliendo de un mal sueño. Había caído en lo más bajo, en una vagancia enfermiza que es al amor de los hombres lo que las casas de citas y los encuentros callejeros son al amor de las mujeres.

Conocía y admiraba al abate X. Su ligereza tenía algo de prodigioso. Aligeraba en todas partes las cosas pesadas. No sabía nada de mi vida íntima, pero sentía que era yo desdichado. Me habló, me reconfortó y me puso en contacto con elevadas inteligencias católicas.

Siempre fui creyente. Mi creencia era confusa. A fuerza de frecuentar un medio puro, de leer tanta paz en los rostros, de comprender la tontería de los incrédulos, me encaminaba hacia Dios. De hecho, el dogma no encajaba bien con mi decisión de dejar que mis sentidos siguiesen su derrotero pero este último periodo me dejaba una amargura y una saciedad en las que quise ver demasiado pronto las pruebas de que me había equivocado de camino. Tanta agua, tanta leche, después de aquellas bebidas infames, descubrían ante mí un porvenir de transparencia y de blancura. Si sentía escrúpulos, los eliminaba recordando a Jeanne y a Rose. Los amores normales, pensaba, no me están prohibidos. Nada me impide fundar una familia y volver al camino recto. Cedo, en suma, a mis inclinaciones, por temor al esfuerzo. Sin esfuerzo no existe nada hermoso. Lucharé contra el diablo y venceré.

¡Sublime periodo! La Iglesia me mecía. Me sentía el hijo adoptivo de una profunda familia. El pan al que se ha cantado, el pan encantado, transforma a los miembros en nieve, en corcho. Subía al cielo como un tapón en el agua. En la misa, cuando el astro del sacrificio domina el altar y cuando las cabezas se inclinan, con ardor le rogaba a la Virgen que me acogiera en su Santo Seno: «Dios te salve María —murmuraba—; ¿no eres Tú la pureza misma? ¿Se trata en tu caso de prelaciones o de escotes? Lo que los hombres consideran indecente, ¿no lo miras Tú como nosotros miramos el intercambio amoroso del polen y de los átomos? Obedeceré las órdenes de los ministros de Tu Hijo en la tierra, pero sé bien que Su bondad no se detiene en los enredos de un padre Sinistrarius ni en las reglas de un viejo código criminal. Así sea».



Después de una crisis religiosa, el alma vuelve a caer. El momento es delicado. El hombre viejo no se despoja tan fácilmente como las culebras de ese vestido ligero que se queda enganchado en las gavanzas. Primero es el flechazo, los esponsales con el Bienamado, las nupcias y los deberes austeros.

Al principio, todo se hacía en una especie de éxtasis. Un celo prodigioso se apodera del neófito. En frío, se vuelve difícil levantarse e ir a la iglesia. Los ayunos, los ruegos, las oraciones nos acaparan. El diablo, que había salido por la puerta, entra por la ventana, disfrazado de rayo de sol.

Buscar la salvación en París es imposible; el alma anda demasiado distraída. Decidí ir al mar. Ahí, viviría entre la iglesia y una barca. Rezaría sobre las olas, lejos de cualquier distracción.

Alquilé una habitación en el hotel de T.

Desde el primer día, en T., los consejos del calor fueron gozar y desvestirse. Para subir a la iglesia había que tomar calles apestosas y escalinatas. La iglesia estaba desierta. Los pescadores no entraban en ella. Admiraba la falta de éxito de Dios; es la falta de éxito de las obras maestras. Lo cual no impide que sean ilustres y que se les tema.

¡Ay!, por más que dijera, aquel vacío me afectaba. Prefería mi barca. Remaba lo más lejos posible, y ahí soltaba los remos, me quitaba el pantalón, me tendía, con los miembros en desorden.

El sol es un viejo amante que conoce su papel. Empieza por sujetarte por todas partes con sus manos fuertes. Te abraza. Te empuña, te revuelca, y de pronto, me ocurría regresar a mí, estupefacto, con el vientre inundado de un líquido igual a las bolas del muérdago.



Estaba muy equivocado. Me detestaba. Intentaba recuperar el control. Al final, mi plegaria se limitaba a pedir a Dios que me perdonase: «Dios mío, Tú me perdonas, Tú me comprendes. Tú lo comprendes todo. ¿Acaso no lo quisiste todo, no lo hiciste todo: los cuerpos, los sexos, las olas, el cielo y el sol que, al amar a Jacinto, lo metamorfoseó en flor?».

Habia descubierto para mis baños una pequeña playa desierta. Jalaba mi barca sobre los guijarros y me secaba en el varec. Una mañana, encontré ahí a un muchacho que estaba bañándose sin traje y que me preguntó si me molestaba. La franqueza de mi respuesta le dejó en claro mis gustos. Pronto nos tendimos lado a lado. Me enteré de que vivía en el poblado vecino y que estaba cuidándose en razón de una ligera amenaza de tuberculosis.

El sol apresura el desarrollo de los sentimientos. Quemamos las etapas y, gracias a numerosos encuentros en plena naturaleza, lejos de los objetos que distraen al corazón, terminamos por amarnos sin haber nunca hablado de amor. H. dejó su albergue y se cambió a mi hotel. Escribía. Creía en Dios, pero manifestaba una indiferencia pueril por el dogma. La Iglesia, repetía aquel amable hereje, exige de nosotros una prosodia moral equivalente a la prosodia de un Boileau. Tener un pie en la Iglesia, que pretende no cambiar de lugar, y un pie en la vida moderna, es querer vivir dividido. A la obediencia pasiva, opongo la obediencia activa. Dios ama el amor. Al amarnos le probamos a Cristo que sabemos leer entre líneas una indispensable severidad de legislador. Hablar a las masas obliga a prohibir aquello que hace alternar lo vulgar y lo raro.

Se burlaba de mis remordimientos, que acusaba de debilidad. Reprobaba mis reservas. Te quiero, repetía, y me congratulo de quererte.



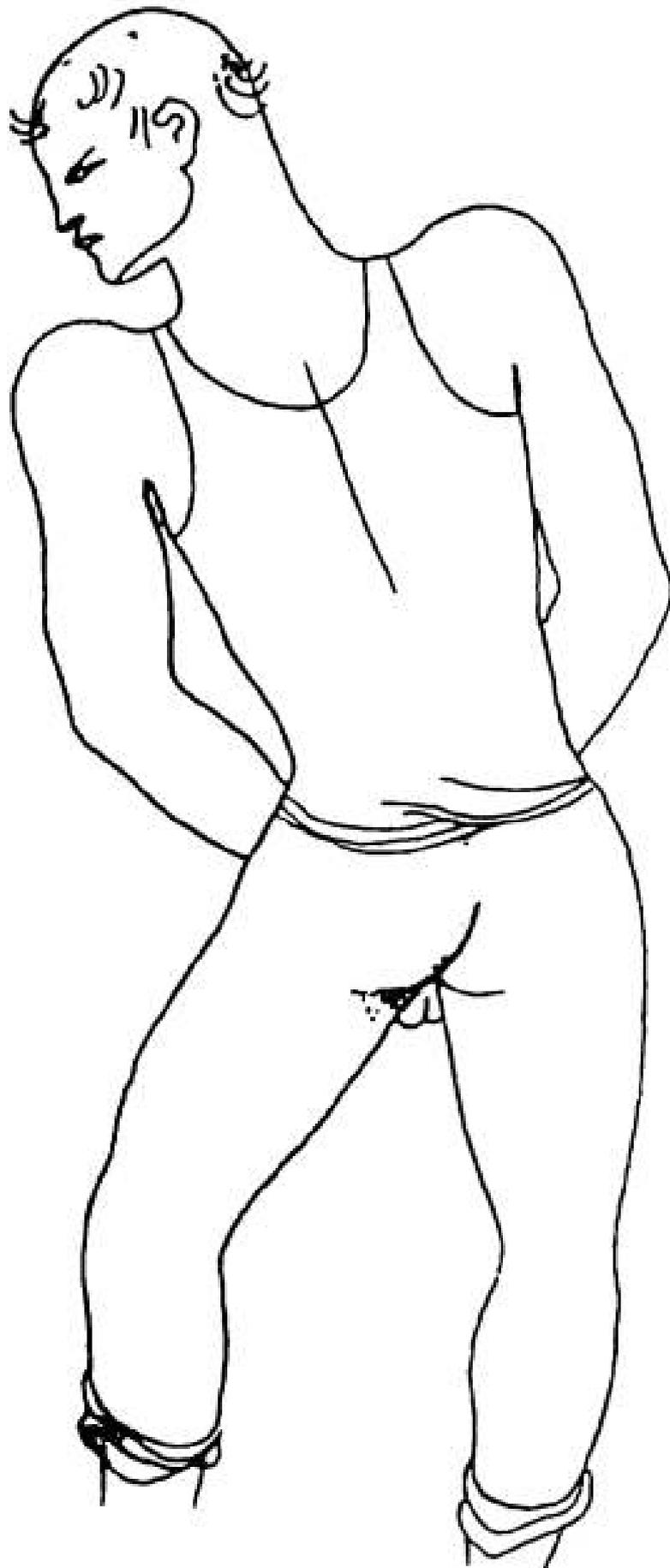
Quizá nuestro sueño hubiese podido durar bajo un cielo en el que vivíamos mitad en la tierra, mitad en el agua, como las divinidades mitológicas; pero su madre lo llamaba y decidimos regresar juntos a París.

Su madre vivía en Versalles y como yo me quedaba en casa de mi padre, rentamos un cuarto de hotel en donde nos encontrábamos cada día. Tenía numerosas amistades femeninas. No me preocupaban sobremanera, pues había observado cuánto disfrutaban los invertidos la sociedad de las mujeres, mientras que los hombres de mujeres las desprecian mucho y, fuera del uso que hacen de ellas, prefieren el comercio de los hombres.

Una mañana en que me telefoneaba de Versalles, noté que aquel aparato favorable a la mentira me llevaba una voz que no era la de costumbre. Le pregunté si era de Versalles de donde me estaba hablando. Se turbó, se apresuró a darme cita en el hotel a las cuatro ese mismo día y colgó. Helado hasta la médula, impulsado por la espantosa manía de saber, pedí el número de su madre. Ella me respondió que no había regresado desde hacía varios días y que estaba quedándose a dormir en casa de un compañero debido a un trabajo que lo retenía hasta tarde en la ciudad.

¿Cómo esperar hasta las cuatro? Mil circunstancias que no esperaban más que una señal para salir de la sombra se volvieron instrumentos de suplicio y empezaron a torturarme. La verdad me saltaba a la vista. La señora V., a quien yo tomaba por una compañera, era su amante. Se reunía con ella al final del día y pasaba la noche en su casa. Aquella certeza me clavaba en el pecho una garra de fiera. De nada me servía ver claro, todavía esperaba que pudiese encontrar una excusa y que podría aportar las pruebas de su inocencia.

A las cuatro, confesó que en otros tiempos había querido a algunas mujeres y que ahora volvía a hacerlo, bajo el efecto de una fuerza invencible; yo no debía ponerme triste; él me quería, tenía asco de sí mismo, no podía hacer nada al respecto; cada sanatorio estaba lleno de casos análogos. Había que achacar tal desdoblamiento del sexo a la tuberculosis.



Le pedí que eligiera entre las mujeres y yo. Creía que iba a responder que me elegía y que haría un esfuerzo por renunciar a ellas. Estaba equivocado. «Corro el riesgo —respondió— de prometer y de faltar a mi palabra. Más vale romper. Sufrirías. No quiero que sufras. Una ruptura te hará menos daño que una falsa promesa y que una mentira».

Yo estaba de pie contra la puerta y tan pálido que sintió miedo. «Adiós —murmuré con voz muerta—, adiós. Tú llenabas mi existencia y no tenía nada más que hacer que tú mismo. ¿Qué será de mí? ¿A dónde voy a ir? ¿Cómo esperaré la noche y después de la noche el día y mañana y pasado mañana, y cómo pasaré las semanas?». Lo único que veía era una habitación borrosa, que se movía a través de mis lágrimas, y contaba con los dedos haciendo un ademán de idiota.

De repente, se despertó como de una hipnosis, saltó de la cama en donde se mordía las uñas, me enlazó, me pidió perdón y me juró que iba a mandar a las mujeres al diablo.

Escribió una carta de ruptura a la señora V., que simuló un suicidio tomando un frasco de pastillas para dormir, y vivimos tres semanas en el campo sin dejar dirección. Pasaron dos meses; yo era feliz.

Era la víspera de una gran fiesta religiosa. Tenía costumbre, antes de aproximarme a la Santa Mesa, de ir a confesarme con el abate X. El casi me esperaba. Lo previne desde la puerta de que no venía a confesarme, sino a contarme; y de que su veredicto, por desgracia, ya lo conocía de antemano.

—Señor abate —le pregunté—, ¿me quiere usted?

—Sí, lo quiero.

—¿Le daría gusto saber que por fin me encuentro feliz?

—Mucho.

—Pues bien, sepa que soy feliz, pero de una manera que la Iglesia y el mundo desaprueban, pues es la amistad lo que me hace feliz, y la amistad no tiene para mí límite alguno. —El abate me interrumpió:

—Creo —dijo— que está usted siendo víctima de sus escrúpulos.

—Señor abate, no le haré a la Iglesia la ofensa de creer que se aviene y que hace trampa. Conozco el sistema de las *amistades excesivas*. ¿A quién engaña uno? Dios me mira. Mediré cada centímetro de la pendiente que me separa del pecado.

—Hijo mío —me dijo el abate X. en el vestíbulo—, si no se tratara más que de poner en riesgo mi lugar en el cielo, no estaría arriesgando gran cosa, pues creo que la bondad de Dios supera todo lo que imaginamos. Pero está en juego mi lugar en la tierra. Los jesuitas me vigilan mucho.

Nos abrazamos. Mientras regresaba a mi casa, a lo largo de las paredes por arriba de las cuales cae el olor de los jardines, pensé en cuán admirable resulta la economía de Dios. Da amor cuando a alguien le hace falta y, para evitar un pleonasma del

corazón, lo rehúsa a quienes lo poseen.

Una mañana recibí un telegrama. «No te preocupes. Salí viaje con Marcel. Avisaré regreso».

El telegrama me dejó estupefacto. La víspera, no había hablado de ningún viaje. Marcel era un amigo de quien no podía temer ninguna traición, pero que sabía estaba lo suficientemente loco como para decidir un viaje en cinco minutos, sin pensar en cuán frágil era su compañero y en que una escapada de improviso corría el riesgo de volverse peligrosa.

Iba a salir e informarme con el sirviente de Marcel cuando tocaron e hicieron pasar a Miss R., despeinada, extraviada y gritando: «¡Marcel nos lo robó! ¡Marcel nos lo robó! ¡Hay que hacer algo! ¡Vamos! ¿Qué hace ahí, plantado como un tronco? ¡Muévase! ¡Corra! ¡Vénguenos! ¡Ese miserable!». Se retorció los brazos, iba y venía por la habitación, se sonaba la nariz, se alzaba los mechones, se enganchaba en los muebles, desgarrando jirones de su vestido.

El miedo de que mi padre oyera y se presentara me impidió comprender de inmediato lo que me sucedía. De pronto, la verdad salió a la luz y, disimulando mi angustia, empujé a la loca hacia la antecámara, explicándole que no me engañaban, que sólo existía amistad entre nosotros, que ignoraba por completo la aventura que ruidosamente acababa de exponer.

—¡O qué! —seguía a grito pelado—, ¿ignora usted que el muchacho me adora y se reúne conmigo todas las noches? Viene de Versalles y regresa al alba. ¡Me han hecho operaciones espantosas! ¡Mi vientre está lleno de cicatrices! Pues bien, sepa que él besa estas cicatrices, que pone en ellas su mejilla para dormir.

Inútil decir la ansiedad que me provocó aquella visita. Recibía telegramas: «¡Viva Marsella!» o «Partimos Túnez».

El regreso fue terrible. H. creía que lo estaban regañando como a un niño después de una broma. Le rogué a Marcel que nos dejase solos y le restregué a Miss R. en las narices. Lo negó. Insistí. Lo negó. Lo traté con rudeza. Lo negó. Por fin, confesó y lo molí a golpes. El dolor me aturdí. Golpeaba como una bestia. Le tomaba la cabeza por las orejas y se la estrellaba en la pared. Un hilillo de sangre corrió por la comisura de la boca. En un instante me desaturdí. Llorando como un loco, quise besar aquel pobre rostro herido. Pero no encontré sino un relámpago azul en el que los párpados se abatieron dolorosamente.

Caí de rodillas en un extremo de la habitación. Una escena como ésta agota nuestros recursos profundos. Se quiebra uno como un títere.

De pronto sentí una mano sobre mi hombro. Levanté la cabeza y vi a mi víctima, que me miraba, rodaba al suelo, me besaba los dedos, las rodillas, jadeando y gimiendo: «¡Perdón, perdón! Soy tu esclavo. Haz de mí lo que quieras».

Hubo un mes de tregua. Tregua lánguida y dulce después de la tormenta. Nos parecíamos a esas dalias que, embebidas de agua, se ladean. H. no tenía buena cara. Estaba pálido y se quedaba a menudo en Versalles.



Mientras que nada me ruboriza si se trata de hablar de relaciones sexuales, cierto pudor me detiene en el momento de pintar las torturas de las que soy capaz. Así que les dedicaré unas cuantas líneas y ya no volveré a ocuparme de ellas. El amor me causa estragos. Incluso calmo, tiemblo al pensar que esta calma desaparezca y esta preocupación me impide disfrutar cualquiera de sus dulzuras. El menor desgarrón se lleva toda la prenda. Imposible no llevar las cosas al peor extremo. Nada me impide perder pie mientras que no se trataba sino de un paso en falso. Esperar es un suplicio; poseer es otro, por temor a perder lo que tengo.

La duda me hacía pasar noches en vela yendo y viniendo, acostándome en el suelo, deseando que el piso se hundiera, se hundiera para siempre. Me prometía no abrir la boca con mis temores. En cuanto me encontraba en presencia de H., lo hostigaba con pullas y preguntas. El se quedaba callado. Aquel silencio me ponía eufórico o me hacía estallar en lágrimas. Lo acusaba de odiarme, de desear mi muerte. Sabía demasiado bien que responderme era inútil y que yo volvería a empezar al día siguiente.

Estábamos en septiembre. El doce de noviembre es una fecha que no olvidaré en toda mi vida. Tenía cita a las seis en el hotel. Abajo, el dueño me detuvo y me contó, en el colmo de la turbación, que la policía había hecho una razzia en nuestra habitación y que se habían llevado a H. a la Jefatura, con una enorme maleta, en un automóvil que contenía al comandante de la brigada antidrogas, y a unos agentes vestidos de civil. «La policía —exclamé—, ¿pero por qué?». Hablé por teléfono con algunas personas influyentes. Ellas se informaron y supe la verdad, que alrededor de las ocho me confirmó H., agobiado, puesto en libertad después del interrogatorio.

Me engañaba con una rusa que lo dograba. Prevenida de que habría una razzia, le había pedido que llevara al hotel su material para fumar y sus polvos. Un apache que había levantado y con el que se había confiado no se tardó ni un minuto en venderlo. Era un soplón de la policía. Así, de un solo golpe, me enteraba de dos traiciones de baja ralea. Su ruina me desarmó. Había fanfarroneado en la Jefatura, y con el pretexto de que estaba acostumbrado a hacerlo, fumó en el suelo durante el interrogatorio frente al personal atónito. Ahora ya no quedaba más que una piltrafa. No podía hacerle ni un reproche. Le supliqué que renunciara a las drogas. Me contestó que deseaba hacerlo, pero que la intoxicación estaba demasiado avanzada como para dar marcha atrás.

Al día siguiente me telefonearon de Versalles para decirme que después de una hemoptisis lo habían transportado de urgencia a la casa de salud de la calle B.

Ocupaba la habitación 55, en el tercer piso. Cuando entré, apenas tuvo fuerzas para volver la cabeza hacia mí. La nariz se le había encorvado un poco. Con ojos mortecinos miraba fijamente sus manos transparentes. «Voy a confesarte mi secreto —me dijo, cuando estuvimos solos—. Había en mí una mujer y un hombre. La mujer

se te sometía; el hombre se rebelaba contra esta sumisión. Las mujeres no me gustan, las buscaba para engañarme y probarme que era libre. El hombre fatuo, estúpido, era en mí el enemigo de nuestro amor. Lo lamento. Sólo te quiero a ti. Después de mi convalecencia seré un hombre nuevo. Te obedeceré sin rebelarme y me consagraré a reparar el daño que he hecho».

Esa noche no pude dormir. Casi de mañana me quedé dormido unos minutos y tuve un sueño.

Estaba en el circo con H. El circo se convirtió en un restaurante compuesto por dos pequeñas habitaciones. En una, al piano, un cantante anunció que iba a cantar una nueva canción. El título era el nombre de una mujer que en 1900 reinaba sobre la moda. Ese título, después del preámbulo, era una insolencia en 1926. Esta es la canción:

*Las ensaladas de París.*

*Se pasean en París.*

*Hay incluso una endibia.*

*Qué envidia.*

*Una endibia de París*

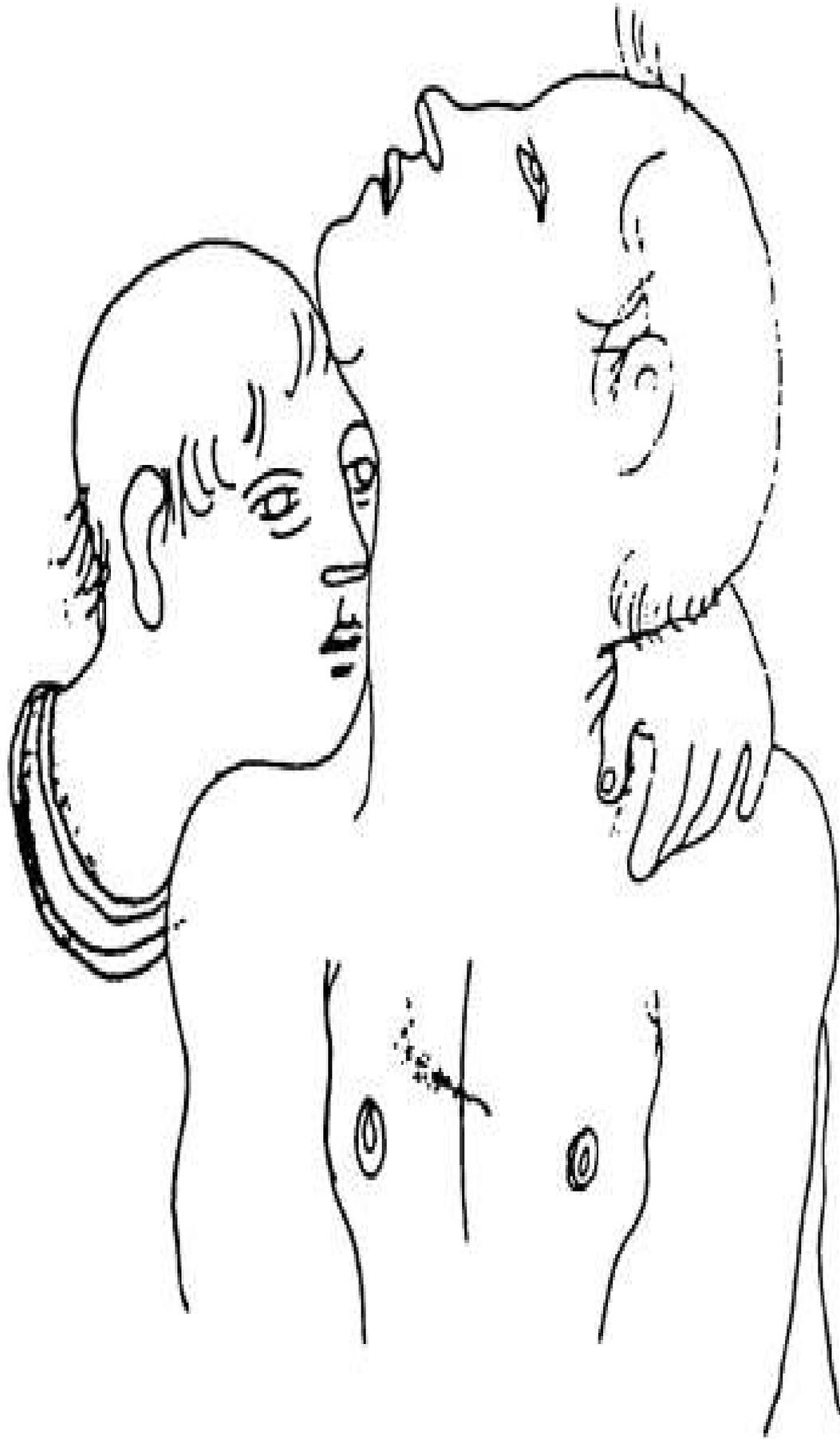
La virtud de magnificar del sueño hacía de esta canción absurda algo celestial y extraordinariamente divertido.

Desperté. Todavía estaba riéndome. Esa risa me pareció un buen augurio. No tendría, pensé, un sueño tan ridículo si la situación fuese grave. Se me olvidaba que las fatigas del dolor a veces dan nacimiento a los sueños ridículos.

En la calle B., iba a abrir la puerta de la habitación cuando una enfermera me detuvo y con voz fría me informó: «El 55 ya no está en su habitación. Está en la capilla».

¿Cómo encontré fuerzas para dar vuelta y bajar? En la capilla, una mujer rezaba cerca de una losa en donde estaba tendido el cadáver de mi amigo.

¡Qué tranquilo estaba ese rostro querido que había yo golpeado! Pero ¿qué le significaba ahora el recuerdo de los golpes, de las caricias? Ya no quería ni a su madre, ni a las mujeres, ni a mí, ni a nadie. Porque la muerte es lo único que interesa a los muertos.



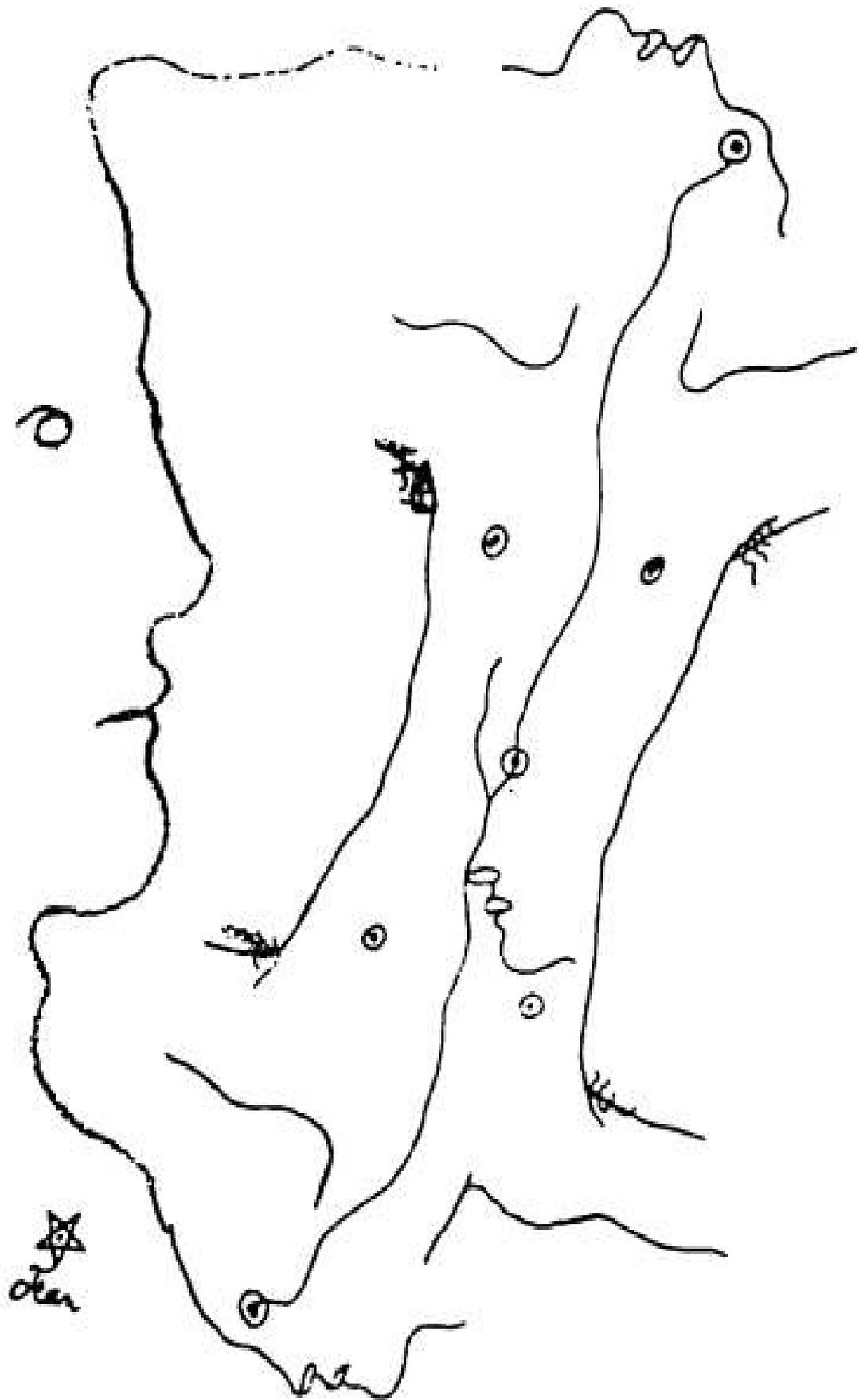
En mi espantosa soledad, no pensaba en regresar a la Iglesia; sería demasiado fácil emplear la hostia como un remedio y tomar en la Santa Misa un impulso negativo; resulta demasiado fácil volvernos al cielo cada vez que perdemos lo que nos encantaba en la tierra.

Quedaba el recurso del matrimonio. Pero si no tenía la esperanza de hacer un matrimonio de amor, hubiese encontrado deshonesto engañar a una muchacha.

Había conocido en la Sorbona a la señorita de S., quien me gustaba por su aspecto de muchacho, y de quien me había yo dicho a menudo que, si tenía que casarme, la preferiría por encima de cualquier otra. Reanudé nuestros vínculos, frecuenté la casa de Auteuil en donde vivía con su madre, y, poco a poco, llegamos a considerar el matrimonio como algo posible. Yo le gustaba. Su madre temía que se convirtiera en una solterona. Nos comprometimos sin dificultad.

Tenía un joven hermano que yo no conocía porque estaba terminando sus estudios en un colegio de jesuitas cerca de Londres. Regresó. ¿Cómo no había adivinado la nueva treta del destino que me persigue y que disimula con otros aspectos un destino siempre igual? Lo que me gustaba en la hermana resplandecía en el hermano. Al primer vistazo comprendí el drama y que una existencia apacible me seguiría estando prohibida. No me llevó mucho enterarme de que, por su parte, el hermano, educado en la escuela inglesa, había tenido al verme un verdadero flechazo. Aquel joven se adoraba. Al quererme se engañaba a sí mismo. Nos vimos a escondidas y llegamos a lo que era fatal.

La atmósfera de la casa se cargó de electricidad negativa. Disimulábamos con habilidad nuestro crimen, pero aquella atmósfera preocupaba a mi prometida tanto más cuanto que no sospechaba su origen. A la larga, el amor que su hermano me profesaba se convirtió en pasión. ¿Acaso escondía esa pasión una secreta necesidad de destruir? Odiaba a su hermana. Me suplicaba que no cumpliera mi palabra, que rompiera el matrimonio. Obstaculicé cuanto pude. Intentaba obtener una calma relativa que no hacía sino atrasar la catástrofe.



Una noche que fui a visitar a su hermana, oí quejas a través de la puerta. La pobre chica yacía boca abajo en el piso, con un pañuelo en la boca y los cabellos en desorden. De pie frente a ella, su hermano le gritaba: «¡Es mío! ¡Mío! ¡Mío! Ya que por cobarde no se atreve a confesártelo, ¡te lo digo yo!».

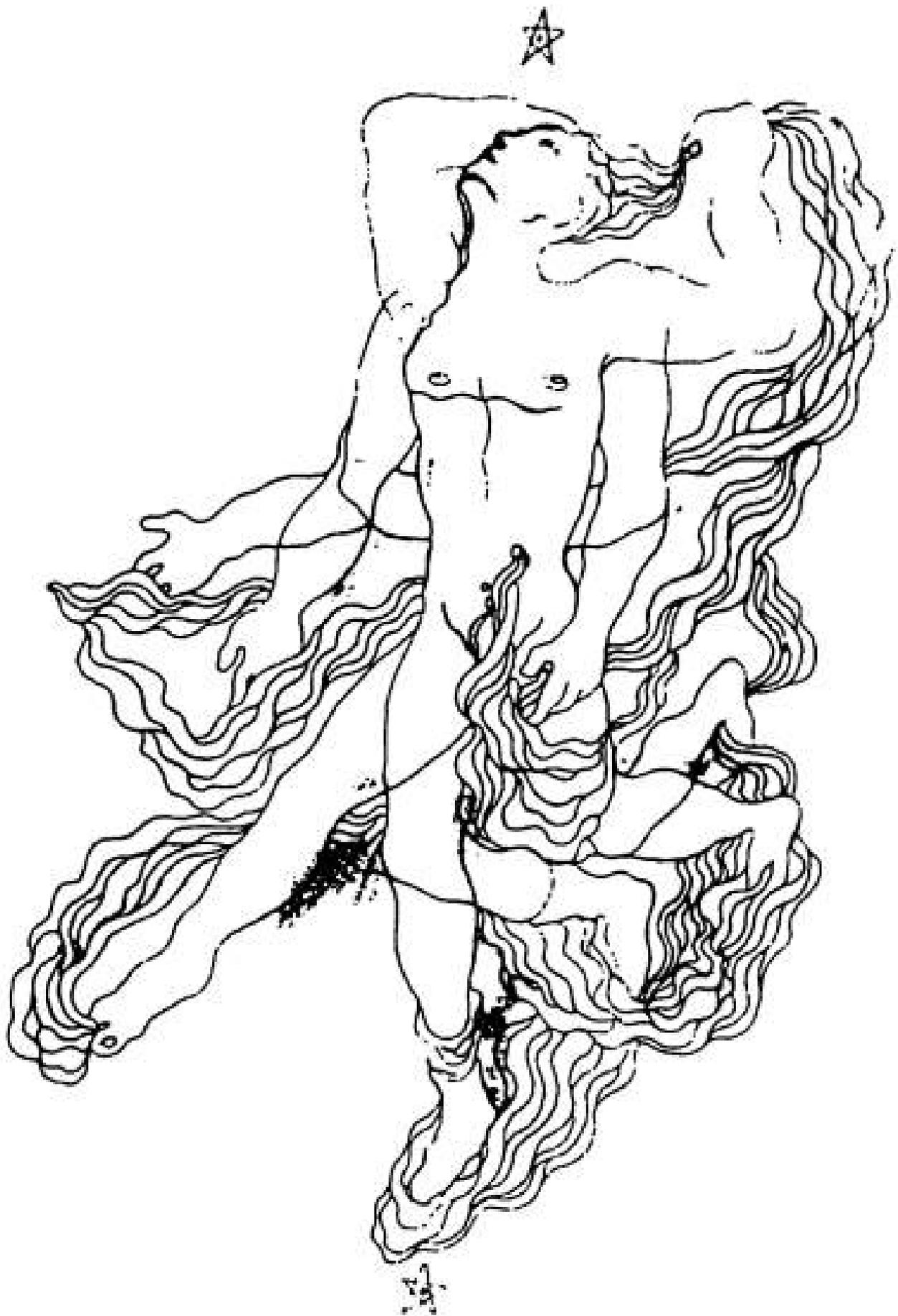
No pude soportar aquella escena. Su voz y su mirada eran tan duras que le crucé la cara. «Siempre te arrepentirás de esto» —exclamó— y fue a encerrarse.

Mientras hacía esfuerzos por reanimar a nuestra víctima, oí un disparo. Me precipité. Abrí la puerta de la recámara. Demasiado tarde. Yacía al pie de un ropero con luna en la que, a la altura del rostro, se veía aún la marca grasosa de los labios y el vaho empañado de la respiración.

Ya no podía vivir en este mundo, en donde me acechaban la desgracia y el duelo. Me era imposible recurrir al suicidio a causa de mi fe. Esa fe y la turbación en la que permanecía desde que había abandonado los ejercicios religiosos me condujeron a la idea del monasterio.

El abate X., a quien pedí consejo, me dijo que no se podían tomar esas decisiones apresuradamente, que la regla era muy ruda y que debería probar mis fuerzas con un retiro en la abadía de M. Me confiaría una carta para el Superior y le explicaría los motivos que hacían de aquel retiro algo más que un capricho de diletante.

Cuando llegué a la abadía, estaba helando. La nieve derretida se transformaba en lluvia fría y en lodo. El portero me hizo conducir por un monje al lado del cual caminaba yo en silencio bajo los arcos. Al interrogarlo sobre la hora de los oficios y al responderme, me estremecí. Acababa de oír una de esas voces que, más que sobre la cara o el cuerpo, me informan sobre la edad y la belleza de un muchacho.



Se quitó la capucha. Su perfil se recortaba sobre el muro. Era el de Alfred, el de H., el de Rose, el de Jeanne, el de Dargelos, el de *Mala suerte*, el de Gustave y el del granjero.

Llegué sin fuerzas ante la puerta de la oficina de Don Z.

El recibimiento de Don Z. fue caluroso. Ya tenía sobre la mesa una carta del abate X. Pidió al joven monje que se retirara. «¿Sabe usted —me dijo— que a nuestra casa le faltan comodidades y que la regla es muy dura?».

—Padre —respondí—, tengo razones para creer que esta regla es todavía demasiado suave para mí. Limitaré mi petición a esta visita y conservaré siempre el recuerdo de su recibimiento.

Sí, el monasterio me rechazaba como todo lo demás. Había entonces que partir, imitar a esos Padres blancos que se consumen en el desierto y cuyo amor es un piadoso suicidio. Pero ¿acaso Dios permite incluso que lo quieran de ese modo?

Da lo mismo, partiré y dejaré este libro. Si lo encuentran, que lo editen. Quizás ayude a comprender que al exiliarme no estoy exiliando a un monstruo, sino a un hombre al que la sociedad no permite vivir, pues considera como un error uno de los misteriosos engranajes de la obra maestra divina.

En vez de adoptar el evangelio de Rimbaud: *Éste es el tiempo de los asesinos*, la juventud mejor hubiera retenido la frase: *Hay que reinventar el amor*. Las experiencias peligrosas el mundo las acepta en el campo del arte, porque no toma el arte en serio, pero las condena en la vida.

Comprendo muy bien que un ideal de termitas como el ideal ruso, que aspira a lo plural, condene lo singular bajo una de sus formas más elevadas. Pero no podrá impedirse que ciertas flores y ciertos frutos sean respirados y comidos sólo por los ricos.

Un vicio de la sociedad hace un vicio de mi rectitud. Me retiro. En Francia, este vicio no conduce al presidio debido a las costumbres de Cambacérés y a la longevidad del Código Napoleónico. Pero no acepto que me toleren. Eso hiere mi amor por el amor y por la libertad.

On a dit que Le Lure blanc  
était mon œuvre je suppose que c'est  
le motif pour lequel vous me  
demandez de l'illustrer et pour lequel  
j'accepte

Il semble, en effet que l'auteur  
connaisse "Le Grand Écart" et ne me prise  
pas mon travail.

Mais quelque soit le bon que je pense  
de ce livre - peut-être même de moi - je  
ne voudrais pas le signer parce qu'il  
prendrait forme d'autobiographie et que

je me risquerai d'écrire le même,  
beaucoup plus singulière encore  
je me contente donc d'approuver par  
l'image cet effort anonyme vers  
le défrichage d'un terrain vierge

Jean Cocteau

mai 1950

enculte

Se ha dicho que *El libro blanco* es una obra mia. Supongo que ése es el motivo por el cual me pide usted que lo ilustre y por el cual acepto.

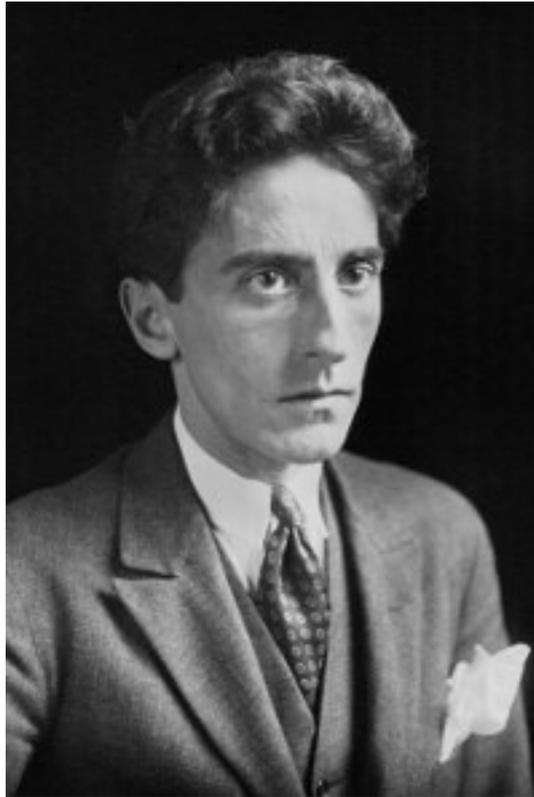
Parece ser, en efecto, que el autor conoce «Le Grand Ecart» y que no menosprecia mi trabajo.

Pero sin importar la buena opinión que pueda yo tener de este libro —aunque fuese mío—, no quisiera firmarlo porque tomaría la forma de una autobiografía y porque me reservo el derecho a escribir la mia, mucho más singular aún.

Me contento pues con aprobar por medio de la imagen este esfuerzo anónimo hacia el desbrozamiento de un terreno que ha permanecido demasiado inculto.

*mayo de 1930*

*Jean Cocteau*



JEAN COCTEAU (Francia, 1889-1963). Poeta, novelista, dramaturgo, diseñador, autor de libretos y director de cine francés, cuya versatilidad, falta de convencionalismo y enorme producción le proporcionaron fama internacional. Estuvo asociado con el movimiento surrealista y su obra ejerció gran influencia en la de otros muchos escritores. Cocteau nació el 5 de julio de 1889, en Maisons-Laffitte, cerca de París. Consentido por su madre (su padre se suicidó en 1898), fue mal estudiante, y su falta de interés eclipsó su talento. Abandonó la escuela y fue a París. A los dieciséis años, Cocteau conoció al actor Édouard de Max, que le lanzó como poeta. Max invitó a un grupo de personas selectas que asistió a una lectura de poemas de Cocteau el 4 de abril de 1908.

Su primer libro de poemas, *«La lámpara de Aladino»*, apareció en 1909 y rápidamente le situó como un escritor importante. Cuando los Ballets Russes se establecieron en París, en 1909, su gran empresario Sergei Diáguilev entró a formar parte del círculo de Cocteau e hizo que el poeta participara en el teatro. Cuando Cocteau le expresó su deseo de crear ballets, Diáguilev le desafió: «Sorpréndeme». Diáguilev dirigió libretos de ballet de Cocteau: *«Parade»* (1917, con música del compositor francés Erik Satie) y *«Le boeuf sur le toit»* (El buey en el tejado, 1920, con música del compositor francés Darius Milhaud). Durante la I Guerra Mundial Cocteau sirvió en la Cruz Roja como conductor de ambulancias. Durante ese mismo periodo conoció a Guillaume Apollinaire, Pablo Picasso, Amedeo Modigliani, y muchos otros escritores y artistas con los que colaboraría más tarde o que influirían

en su vida. En 1923, Cocteau consumió opio, una experiencia que describió en «*Opio*» (1923), y que le obligó a pasar un periodo de recuperación en un sanatorio. Durante este tiempo escribió algunas de sus obras más importantes: «*Orfeo*» (1927 ) y «*La máquina infernal*» (1934), la novela «*Los niños terribles*» (1929) y su primera película, «*La sangre de un poeta*» (1930).

Las películas de Cocteau, en su mayoría escritas y dirigidas por él, fueron especialmente importantes en la introducción del surrealismo en el cine francés. Varias de ellas, especialmente «*La bella y la bestia*» (1945), «*Orfeo*» (1950) y «*Los muchachos terribles*» (1929), han llegado a ser consideradas clásicas del cine moderno . A pesar de sus éxitos en prácticamente todos los campos artísticos, Cocteau insistió en que era ante todo un poeta y que todas sus obras eran poesía. Murió en Milly-la-Fôret, cerca de Fontainebleau, el 11 de octubre de 1963.

# Notas

[1] Frase con la que termina el poema «Le paquet rouge», de la recopilación Opera, en el que Cocteau da cuenta de la desesperación posterior a la muerte de Radiguet y que anticipa el sufrimiento expresado en el filme *Le Sang d'un poète* [*La sangre de un poeta*]. Siempre que se cite una obra se pondrá entre corchetes el nombre en español cuando exista traducción. <<

[2] Cuando se conocen en 1913, gracias a Max Jacob, el joven escritor antimodernista tiene apenas 15 años. Además de su genio y su desfachatez para dar lecciones a los grandes de su tiempo, su edad será determinante en la relación con Cocteau, quien para entonces cuenta con casi treinta años. El poeta se siente tan subyugado que al morir Radiguet, es él quien se erige como el huérfano de la relación. <<

[3] Los pormenores de este juego de espejos literario podemos verlos con detenimiento en el ensayo de Milorad, «Romins jumeaux ou de l'imitation» (*Cahiers Jean Cocteau*, 8, Le romancier, Gallimard, Paris, 1979), y en la presentación que escribió especialmente para *El libro blanco* y que puede leerse más adelante. <<

[4] En cuanto a Dargelos, personaje reincidente en la obra de Cocteau, pueden leerse *Les Enfants terribles* [*Los niños terribles*] y las reflexiones que sobre este libro se hacen en *Opium* [*Opio*], Se vuelve personaje cinematográfico desde 1910, en *Le sang d'un poète*, filme que lo consagra visualmente como símbolo y le otorga, veinte años antes de que Melville adaptara *Les Enfants terribles*, el vigor físico que sin duda tuvo en la vida real. <<

[5] «Des traductions», *Journal d'un inconnu*, Paris, Grasset, 1957. <<

[6] Jean-Jacques Kihm, Elizabeth Sprigge, Henri C. Béhar. *Jean Cocteau, l'homme et les miroirs*, Editions de la Table ronde, 1968, página 192. <<

[7] Francis Slegmuller, *Cocteau*. Little. Brown and Company, Boston, Toroto, 1970, pagina 10. <<